



1^{er} premio - Categoría La Ira
Nedy Luis Sei Fong Pintado - "La Ira"
3^{er} Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »



1^{ra} Mención - Categoría **La Ira**
Regina Romano "El Juicio"

3^{er} Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »

Staff

La Ira

Director

Ricardo René Cadenas

Coordinador

Luis Straccia

Columnistas

Vicente Battista
Matías Di Loreto

Colaboran en este número

Marcelo Chillón
Paula Eisenberg
Ariel Urquiza
Patricia Bava
Mauricio González
Fabián Ostropolsky

Diseño y Diagramación

Leonardo Liñares

Propietario y Editor

Fundación Tres Pinos
Moreno 1836 6to. B
Te.: 011-43722154
Te.: 0237-4053986 Int. 111
www.revistacrepusculo.org
info@revistacrepusculo.org

Impreso por DT Print S.A.

0237-4664818

Registro de Propiedad Intelectual

Expediente N° 592073

La publicación de opiniones personales
vertidas por colaboradores y entrevistados
no implica que éstas sean necesariamente
compartidas por **Revista Crepúsculo**

La ira se define como una pasión; toda pasión es a menudo incontrolable. También como un sentimiento que causa apetito o deseos de venganza, y se traduce en una repetición de actos que conllevan saña, encono, inquina, rencor u odio. La Iglesia católica le da la jerarquía de pecado capital. En principio, la ira no es nada bueno, y más teniendo en cuenta que debemos mantenerla adormecida, contenida, sujeta (no obstante siempre está agazapada y amenazante); si la liberásemos, nuestros días serían muy conflictivos. Sin embargo, algunos se desbordan más fácilmente: hay quienes pueden manejar las situaciones, y quienes no pueden... o no quieren.

Desde el comienzo de los tiempos, la ira forma parte de la vida del hombre. Nuestra relación con ella en ocasiones es forzosa, íntima, perversa, dañina - aunque a menudo nos resulta atractiva, hasta inescindible de nuestros pensamientos más fecundos - . Por nuestro bien, deberíamos evitar esa convivencia de sentimientos, pues la ira, al primero que agrede, es a quien la cultiva.

Los psicoanalistas suelen decir que conviene saber manejar la culpa, el miedo y la ira. Es normal que la culpa se refugie en el pasado, que de él provenga y que en ocasiones desate nuestra ira. Pero la ira en sí misma es patrimonio del presente, emerge de las pasiones cotidianas: frustración, desengaño, fracaso, pérdida...

Las manifestaciones de la ira muchas veces son contagiosas. En nuestro país, las agresiones de género han ido creciendo desmesuradamente. Parece que se hubiera dado piedra libre para quemar mujeres, parece que los hombres violentos disfrutaran su venganza para con su pareja, prendiéndoles fuego. ¿Cuál es la causa de semejante fenómeno de locura imitativa? ¿Por qué estos iracundos se siguen saliendo con la suya?

Un individuo entra armado a un cine y mata a doce personas. ¿Cómo explicar lo que disparó su ira? Un ladrón hiere gravemente a un comerciante en Cañuelas. Va preso por ese hecho; no se cansa de culpar a su víctima por haberlo reconocido durante el juicio. Al quedar en libertad, una de sus primeras acciones consiste en desatar su ira asesinando al comerciante y a su hermano. ¿Cómo explicar esa insólita y descabellada venganza?

La ira como fenómeno individual no parece un sentimiento fácil de manejar. Y qué decir de las expresiones colectivas de la ira: protestas sociales, revueltas, revoluciones... Quizá describir las causas de todas estas manifestaciones sea muy extenso, pero hay un común denominador: la injusticia. Injusticia que se hace asfixiante, que oprime a los grupos y los obliga a rebelarse en defensa de sus intereses. ¿Es esta ira tan absurda? ¿Es verdade-

ramente innecesaria? ¿O es acaso el único instrumento del débil, cuando es manipulado por el poder?

El contrato social se rompe por un lado o por otro. Entonces la gente comienza —con razón— a manifestarse: organiza marchas, marchas llenas de ira contenida, que, para mostrarse distinta, trata de usar otros modos. Aunque a veces no es suficiente: en ocasiones, como decíamos arriba, se nos sale la chaveta.

¿Qué despierta más la ira? El mal manejo del poder. Por ejemplo, la violencia de las barras bravas del fútbol. Está claro que una facción quiere lo que le pertenece a otra: hasta se matan para conseguirlo. Otro caso: los represores que desatan su ira sobre las masas. O los países que imponen situaciones de guerra en otros estados por intereses espurios; y en consecuencia, las naciones afectadas reaccionan con ira. El listado de situaciones que puede generar el poder como causa de la ira es demasiado largo.

El conflicto es parte de la naturaleza humana; la política debería allanar esos conflictos: es su principal función. Pero parece que algunos funcionarios lo interpretan al revés. Los discursos se sumergen en degradaciones salvajes, irrespetuosas e inapropiadas de las investiduras de los que los pronuncian. Se proclaman

declaraciones provocativas, se estimula la iracundia y la división, se incita a la irascibilidad en todas sus formas. Ahora se le llama “crispación”, pero el pobre tipo que no quiere formar parte de esta pelea mira desde el llano, azorado, aturdido, sin saber cómo va a terminar la cosa, sin entender cómo se van a arreglar entre ellos estos personajes a los que se les delegó un poder formal y transitorio.

Volver a las fuentes, volver a considerar valores y conductas, hacerse cargo de las responsabilidades públicas, de la construcción de lazos sociales, recuperar el papel organizador del Estado, son responsabilidades comunes. Para que la ira no nos gane, los que deberían comenzar dando el ejemplo son los líderes políticos.

Ricardo René Cadenas

Sumario

07 Por Vicente Battista
La IRA

12 Por Luis Straccia
La Ira Hacia los Imperdonables

16 Por Matías Di Loreto
“¡Click!”, La ira

20 Por Horacio Convertini
La Propina

24 Por Marcelo Chillon
La Ira: Mito Impulsor del periodismo actual

28 Por Paula Eisenberg
Infiernos Cotidianos

32 Por Ariel Urquiza
BIG MAC y la revolución

36 Por Patricia Bava
Comienzo a dibujar como quien empieza a hablar

42 Por Mauricio Gonzalez
IRA... cuando las clavijas no caben en su agujero!

46 Por Fabián Ostropolsky
La dificultad descriptiva de la ira



Septiembre 2012

En el campo de la medicina, IRA es la sigla de Infecciones Respiratorias Agudas, un padecimiento infeccioso que se manifiesta en las vías respiratorias, que tiene una evolución menor a quince días y que, a veces, se agrava con cuadros de neumonía.

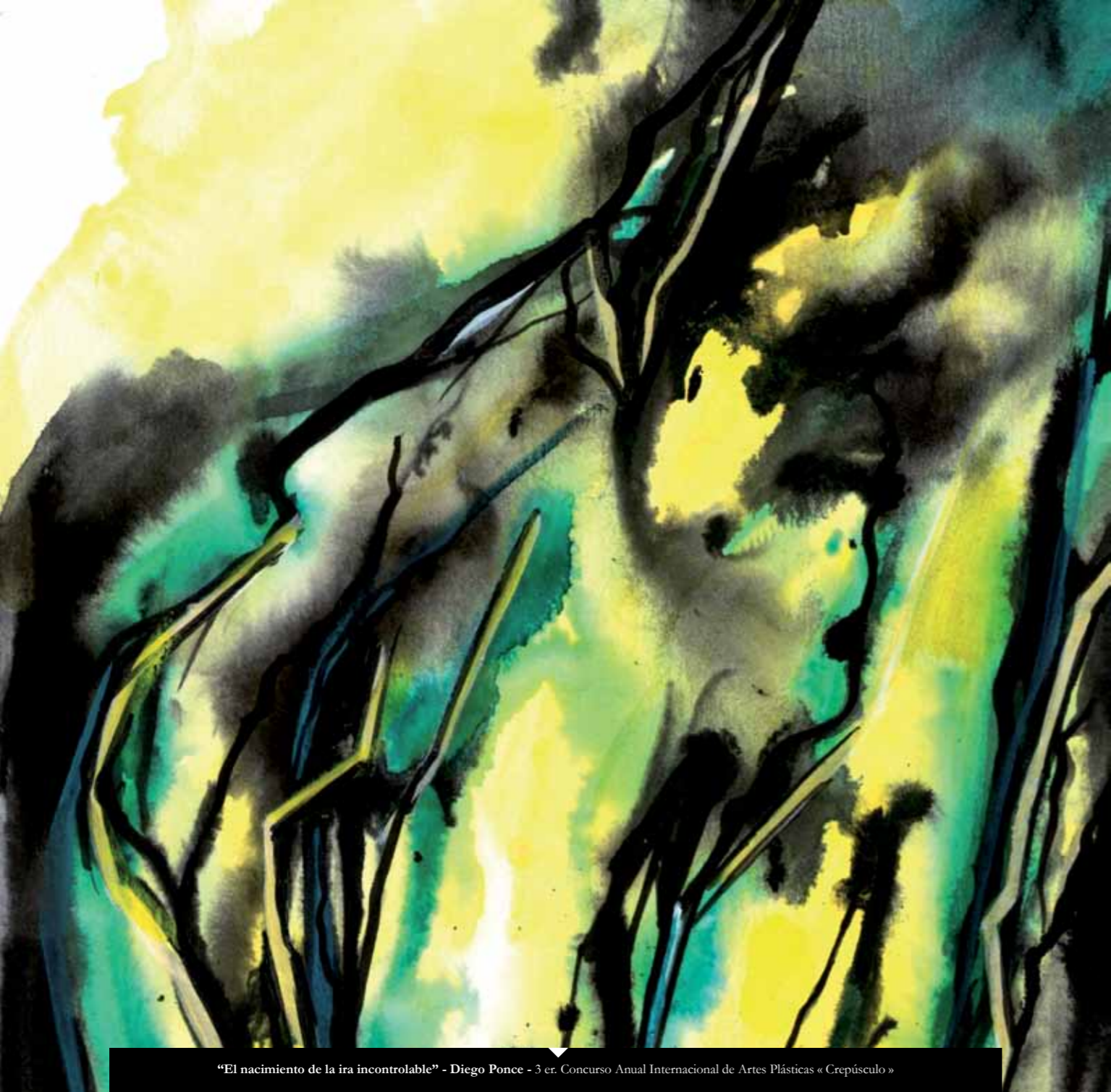
En el espacio de la política, IRA es la sigla de Ejército Republicano Irlandés (Irish Republican Army) que lucha por un estado soberano e independiente del Reino Unido. Aunque la graciosa majestad británica siempre los consideró un grupo paramilitar, los miembros del IRA se proclaman herederos del IRA original: el “ejército” de la República de Irlanda, que proclamara el parlamento o Dáil Éireann en 1919. Hasta mediados del 2005, el IRA provocó más de un quebradero de cabeza al gobierno inglés. El 28 de julio de 2005 los repetidos acuerdos de paz llegaron a buen puerto: el IRA anunció el cese de la lucha armada. Hace pocos días, la reina de Inglaterra visitó Irlanda del Norte, una visita que los soberanos ingleses venían postergando desde 1919. Martin McGuinness, en 1970 el número dos del IRA y hoy viceministro de Irlanda del Norte, recibió a Isabel II, con las pompas del caso. Todo indicaría que si bien el Ejército Republicano Irlandés no se disolvió, pareciera haber mitigado su ira.

LA IRA

Por Vicente Battista

Precisamente de esa ira, que nada tiene que ver con las infecciones respiratorias o con Ejército Republicano Irlandés, hablaremos a partir de ahora. Me refiero a la emoción o estado de ánimo común a todas las criaturas del planeta, sin distinción de sexo, raza, edad y situación social. La ira recorre toda la historia de la humanidad, afectó, afecta y afectará a la totalidad de los seres vivos. Es natural, casi lógico diría, que los seres violentos sean iracundos. Pero en este caso el sayo les cabe a todos.

Basta con recordar a Jesús expulsando a los mercaderes del templo, para que se comprenda lo que quiero decir. Según las crónicas de los evangelistas, no lo hizo con la gentileza de un santo sino con el mal humor de un defraudado. Más cercano en el tiempo, Mahatma Gandhi, ícono de la no violencia, tuvo sus momentos de ira y seguramente también los tuvo la Madre Teresa. Claro que hay niveles. No imagino a la Madre Teresa en un estado de irritación como el que supo mostrar Michael



“El nacimiento de la ira incontrolable” - Diego Ponce - 3 er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »

Douglas en “Un día de furia”, cuando le dio vida a William Forster, un respetable vecino de Los Ángeles que una infausta mañana decide concurrir al cumpleaños de su pequeña hija. La película es un acabado ejemplo de lo que sucede con un ser humano llevado por la ira descontrolada.

¿Por qué oscuros mecanismo pasamos de la serenidad a la furia sin límites? Las causas o razones son infinitas, desde esa discusión sin sentido con un compañero de trabajo hasta ese imprevisto atasco en la autopista, justo cuando nos quedan cinco minutos para llegar a

tiempo a la cita convenida. Lo cierto es que lo que hasta ese momento parecía el agua estancada de un pozo, de pronto se transforma en un tsunami. Es, dicen, un modo natural e instintivo de responder a las agresiones externas. Aunque no sólo experimentamos ira hacia los otros, también lo hacemos hacia nosotros mismos ¿Qué es sino ira lo que sentimos ante el rechazo de esa mujer que creíamos conquistada? ¿No es acaso ira lo que sentimos ante ese problema que creíamos resuelto y que se ha vuelto a complicar sin remedio?

Experimentamos ira al sentir la incompreensión del

otro. “Es un caprichoso”, sentenciamos ante ese chico que no deja de llorar. Solemos desestimar la razón de ese berrinche que, tal vez, no nació de un capricho sino de la indolencia de una madre que no supo entender lo que el hijo pedía. Por consiguiente, ese chico llorón no llora por capricho sino por ira, aún no tiene conciencia de ese sentimiento, pero lo manifiesta a modo de defensa.

Sigmund Freud sostuvo que los seres humanos nacemos con un innato sentido del amor. La ira y la hostilidad aparecen cuando esa necesidad de amor no es satisfecha. Tres siglos antes de Freud, el filósofo y teólogo inglés Joseph Butler señaló que la ira está conectada al impulso de auto-preservación y agregó que es un sentimiento que también experimentan los animales inferiores cuando se sienten atormentados o atrapados. Tanto los seres humanos como los animales construyen el gesto de ira con el propósito de advertir a sus agresores que están dispuestos a la pelea.

No hay que confundir ira con rabia. A simple vista parecen sinónimos: la misma emoción expresada bajo diferentes palabras. La psiquiatra inglesa Sue Parker Hall, profesora en la Universidad de Plymouth, en su libro “La ira, la rabia y la relación: un enfoque empático de Manejo de la Ira”, establece las diferencias. La rabia, señala, se conceptualiza en las primeras etapas del ser humano, antes de que articule el uso de la palabra. Es una suerte de mecanismo de defensa psicológico que se origina en la primera infancia como una respuesta al trauma sufrido cuando el entorno del niño no responde a sus necesidades. De ese modo, la rabia sería un intento de pedir ayuda por un niño que experimenta el terror y cuya supervivencia misma se siente en peligro. Si reciben el apoyo suficiente, los niños terminan por aprender a procesar sus propias emociones. Una propuesta que mueve a la polémica.

El psiquiatra Mario Zumaya, en un trabajo titulado “Rabia y enojo” (él prefiere utilizar la voz enojo en lugar de ira), publicado en la Revista de la Universidad de México, moviliza esa polémica; leemos: “Como con-

secuencia, y en línea con las ideas de Sue Parker-Hall (*Anger, Rage and Relationship*, 2008), el enojo o bien no es tomado en cuenta o se contamina a través de su errónea confusión con el destructivo fenómeno de la rabia, que es un proceso psicológico enteramente diferente: se origina en un estadio del desarrollo más temprano y no es, propiamente, una emoción sino un afecto primario con una función defensiva relacionada al traumatismo psicológico que resulta cuando una persona está abrumada o sobrepasada por lo que está experimentando y que no puede integrar. La rabia, como afecto básico,

resulta de cualquier estimulación continua y “densa”; esto es, excesiva en términos cuantitativos que al ser reconocida por nuestro cerebro echa a andar una serie de eventos electroquímicos que se transforman para nosotros en la experiencia cualitativa del enojo. La rabia y el enojo son los polos de una dimensión afectiva en la que la rabia proviene de la estimulación cruda de nuestro componente biológico innato y es

vivenciada como afecto “puro” en sí mismo, en tanto que el enojo se origina en la asociación del afecto rabia con nuestra biografía, memoria y contexto cultural.”

Si bien la ira es una reacción natural y común a todos los seres humanos, si no logramos controlarla podemos convertirla en una emoción negativa, activando estímulos y provocando malestares y conductas desatinadas. Puede trastornarnos psicológicamente y originar alteraciones fisiológicas que perjudicarán el sistema circulatorio y aumentarán la tensión arterial. La dificultad para controlar nuestros impulsos agresivos puede ser un síntoma del Trastorno Explosivo Intermitente (TEI). Según un estudio publicado por los Archivos de Psiquiatría General de los Estados Unidos de América, hasta 16 millones de norteamericanos (el 4% de la población estadounidense) sufre TEI severo, caracterizado por explosiones violentas sin razón, que pueden ocurrir tres o más veces en un año.

“La impulsividad es una conducta ‘en corto circuito’ que está muy presente como patología en todas las sociedades” señaló en “BBC Mundo” el psiquiatra Néstor

“ La impulsividad es una conducta ‘en corto circuito’ que está muy presente como patología en todas las sociedades ”

Koldobsky, director de la “Sociedad Argentina para el Estudio de la Personalidad y sus Desórdenes” y agregó que esa conducta “está acentuada por desencadenantes estresantes del medio ambiente, cuando la impulsividad surge de forma intermitente va formando un cuadro clínico que tiene mucha presencia por ejemplo en los golpeadores o la violencia familiar o medioambiental”. La persona que sufre de TEI pierde el control súbitamente y rompe o golpea algo o a alguien o amenaza con herir a otro individuo. El TEI por lo general se manifiesta durante la adolescencia, ya que 13 o 14 años es la edad promedio del primer episodio. “Hay muchas estrategias para tratar este tipo de conducta de descontrol de impulsos que recién ahora la sociedad y los sistemas de salud están poniéndole la debida atención”, concluye el doctor Néstor Koldobsky.

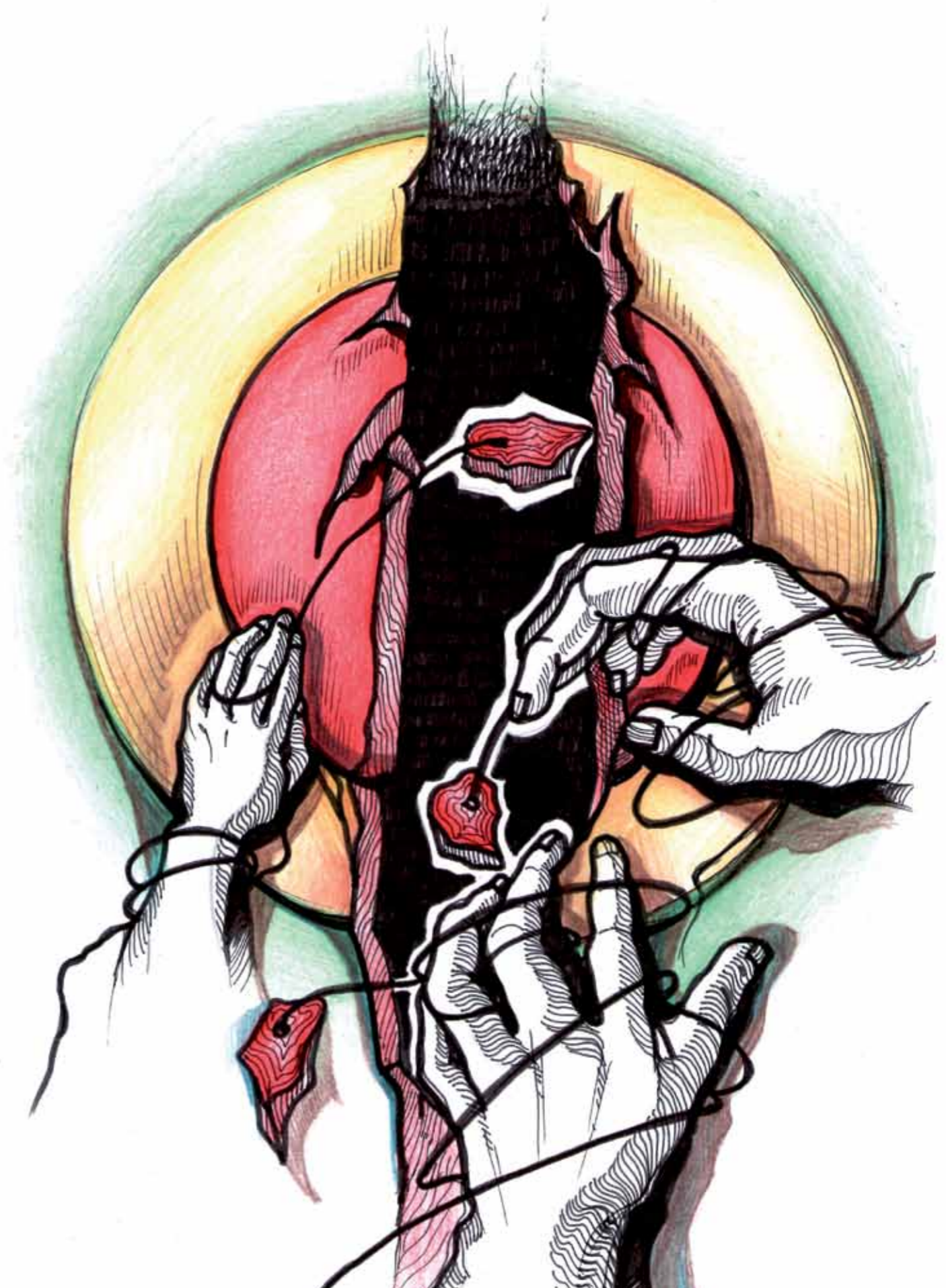
La literatura, en cambio, siempre le prestó atención a la ira. “Canta, oh diosa, la ira funesta del pálido Aquiles”, proclama Homero en el primer verso de la “Ilíada”. “La ira –sostiene Claudio Magris, en “Elogio de la ira”, un artículo publicado en “Corriere della sera”–, en cada una de sus manifestaciones recorrerá la literatura de todos los tiempos. Como todas las pasiones, la ira está muy presente en la literatura: es un tema, un objeto de la representación literaria y, sobre todo, un modo de vivir y describir el mundo por parte de los escritores. Es imposible hacer un catálogo de las descripciones poéticas de la cólera: el furor de Aquiles, la explosión salvaje de dolor y de disgusto en el rey Lear, el estallido incontenible del apacible Pierre Bezuchov o tantas otras páginas inmortales que constituyen la radiografía y el electrocardiograma de todas las afecciones de la condición mortal del hombre.”

En “La Divina Comedia” Dante Alighieri ubica a los iracundos en el quinto círculo del infierno. Allí están los violentos contra sí mismos y los violentos contra Dios, contra la naturaleza y contra la sociedad. Para Dante la ira es el “amor por la justicia pervertido a venganza y resentimiento.” Diez siglos antes, en el año 258, el santo africano Cipriano de Cartago la incluyó entre los ocho pecados capitales. Dos siglos más tarde, el papa romano san Gregorio Magno redujo a siete los pecados capitales; la ira se mantiene entre esos siete y ocupa un sitio de trascendental importancia en la religión judeocristiana. En las Epístolas de Santiago leemos: “Sepan esto, mis amados hermanos. Todo hombre tiene que ser presto en cuanto a oír, lento en cuanto a hablar, lento en cuanto a ira; porque la ira del hombre no obra

la justicia de Dios. Por lo tanto, desechen toda suciedad, y esa cosa superflua, la maldad, y acepten con apacibilidad la implantación de la palabra que puede salvar sus almas.” (1:19/21)

En las últimas páginas del Nuevo Testamento, Santiago habla de la ira del hombre; en las primeras páginas del Antiguo Testamento, Moisés da cuenta de la inmensa ira de Dios. En el tercer libro de “Éxodo”, desde el faraón hasta el último esclavo egipcio, sufren ante las plagas que sistemáticamente les envía ese Dios iracundo. Y aún antes, según leemos en “Génesis” (6:5/8): “Viendo Yahveh que la maldad del hombre cundía en la tierra, y que todos los pensamientos que ideaba su corazón eran puro mal de continuo, le pesó a Yahveh de haber hecho al hombre en la tierra, y se indignó en su corazón. Y dijo Yahveh: Voy a exterminar de sobre la haz del suelo al hombre que he creado, –desde el hombre hasta los ganados, las serpientes y hasta las aves del cielo– porque me pesa haberlo hecho”.

La ira de Dios es inconmensurable: advirtió que el mundo y sus habitantes no le habían salido como él esperaba y sin más vueltas se dispuso a destruirlo, borrarlo, llevarlo a la nada absoluta. Por fortuna, en el versículo siguiente aparece Noé (“Pero Noé halló gracia a los ojos de Yahveh”), y eso bastó para que Yahveh, algo más calmo, permutara la destrucción del mundo por el diluvio universal. Si nos atenemos a Las Escrituras, gracias a Noé y su arca hoy yo puedo escribir esto y usted leerlo. □



“Alerta ante la ira que arremete” - Martha Plaul Rocha - 3 er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »

La ira Hacia los Imperdonables.

Por Luis Straccia

Solemos decir que la Ira se despierta. Lo que se podría traducir como que siempre está, pero que hay un algo que la saca de su quietud, de su reposo y la pone en marcha. Reprimida, guardada, oscura. Se aparece, se nos aparece. Y arremete contra todo, enceguece, encandila.

Un insulto, una puerta que se cierra, un recuerdo...
...Cuando la conocí –allá por 1990- ella tenía 4 años, y yo andaba por los 20. Por entonces formaba parte de un grupo de estudiantes, amigos, universitarios, que merced a algunas lecturas, a algunas músicas, a algunos sueños, a algunas ganas, a algún pasado en común, habíamos hecho carne la idea de “sacar la universidad a la calle”.

Mezcla rara de peronistas, radicales y socialistas, el grupo se vinculó con otro un poco más grande –de edad- que había montado un taller cultural en un barrio cercano a la ciudad de La Plata. Ellos también estaban mezclados, quizás porque eran el resultado de haber resistido y de haber sobrevivido, y de darse cuenta de que en las bases las diferencias no suelen ser tantas como se suponen o gustan instalar en las altas esferas.

Ella era una de 4 hermanos. Tres chicas y un hermanito 2 años más grande. Vivían casi enfrente del taller con su mamá, unos pocos años más grande que yo. El padre, pasaba una vez por semana les dejaba 10 pesos para que tiraran (unos 100 de ahora), y luego de estar un rato se iba a la casa que compartía con lo que él llamaba **su familia**, a unos 10 kilómetros de allí. Para su cumpleaños número 5 mi novia de por aquel entonces le hizo una torta y fue la primera vez que en esa casa se festejaba un cumpleaños. En algún momento cuestioné esa acción, porque mi novia después no volvió al barrio, y hubo un vínculo que se rompió antes de crearse, generando una nueva desilusión. Luego recordé la escena, las risas, las miradas y supe rescatar el momento.

De aquellos 10-12 estudiantes comprometidos al poco tiempo quedamos 3. Las discusiones áulicas o de pasillo universitario no pudieron afrontar el barro, el hambre y

la realidad. Chicos de 8 años, que estaban en tercer grado y que confundían letras con números, chicos –como era el caso del hermanito de ella- que te abrazaban y a los dos minutos te arrojaban un vidrio roto a la espalda, para al tiempo volverte a abrazar- poco entendían del intelectual orgánico, de la comunicación alternativa y popular, o de las huertas comunitarias.

Que fácil es agitar un pañuelo a la tropa solar del manifiesto marxista y la historia del hambre que fácil es suspirar ante el gesto del hombre que cumple un deber y regalarle ropitas a la pobrecita hija del chofer

Muchos, muchísimos sinsabores, la sensación de agotamiento. Las garrafas robadas, el olor fétido de la zanja, la policía y el barro, siempre el barro, sobre todo en invierno, con el frío que se disimulaba pateando una pelota o simplemente charlando con un pucho en la boca mientras se preparaba la olla de chocolate.

En el barro no estaba el Estado. Un estado mercantilista que nos decía que si queríamos apoyo municipal debíamos llevar a los chicos a los actos políticos del gobierno de turno. Quedan bien los pibes, son simpáticos con su pobreza e inocencia a cuestas, con una bandera que diga de donde vienen y con el primer plano del jetón de moda pasando frente a ellos.

La compra de una tele y una video, que llegaban los sábados a bordo de un Citroën 3cv destartado, avanzando a duras penas por las calles embarradas, nos dio la posibilidad de formar círculos con los más chicos para mirar dibujos animados –sí, puede que hoy resulte extraño, pero para muchos de ellos fue su primera experiencia con el cine en los viejos VHS- y con los adolescentes de un cine para debatir.

Era nuestro modesto aporte, más allá de la taza de leche y galletitas. Era saber, o de creer, que ese chico no

habría de ser el mismo habiendo visto y discutido cierto film, que si nunca lo hubiera hecho.

Los recuerdos se amontonan...

Recuerdo la mirada de C.. quien tenía tatuado burdamente en un brazo la palabra mamá y en el otro la palabra papá. C... fue criado por sus tíos y solía decirme que nos agradecía haber llegado a los 16 porque “de no haber sido por el taller yo hubiera amanecido en una zanja con un navajazo en la espalda”.

Recuerdo al W..., con sus 16 años, quien había llegado con su familia desde el norte. Recuerdo cuando se iba en el verano a encerrarse semanas enteras en las bodegas refrigeradas de los buques factoría coreanos que andaban por el sur, y como con lo que ganaba ayudaba a su familia durante el resto del año.

Una vez, las manos extendidas de C... me mostraron dos pastillas y me dijo “esta noche tengo un trabajito”...yo no supe que decirle, todo me parecía vano. No tenía nada para ofrecerle.

Hubo un día en que me fui... yo también me fui...

Comencé a trabajar en el Estado. En un área que tenía/tiene a estos chicos como sus principales destinatarios de políticas públicas...por lo menos desde los enunciados.

Recuerdo también ese miércoles de mierda por la mañana cuando me llamaron por teléfono. Hacía un año que no iba al taller. Me dijeron que había que ir a hacer “el aguante” a un velorio.

Era una habitación muy chiquita. Iluminada con dos o tres lámparas de esas que simulan ser velas, de esas que van en veladores que simulan ser candelabros, y con un cajón pequeño en un extremo. En él estaba ella con sus 10 años.

Se murió desnutrida. Sí, una enfermedad fue demasiado fuerte y ella no tuvo las defensas necesarias.

El aguante solicitado era porque la familia del padre, ese que nunca estuvo, culpaba a la madre por abandono y podían llegar a golpearla.

Al día siguiente tuve que volver al trabajo.

Tenía que cubrir la visita de un italiano “experto en trabajar en temas de pobreza”, que se hospedaba en un hotel de puta madre en Capital y a quien se le pagaba una considerable cantidad de dinero más todos los gastos durante su visita.

Desde una mesa repleta cualquiera decide aplaudir la caravana en harapos de todos los pobres desde un mantel importado y un vino añejado se lucha muy bien ()*

Pongo la cámara, comienzo a tomar nota. La charla en un colegio privado, con chicos que ni sabían por qué, ni querían estar ahí. Una absurda puesta en escena para los medios.

La mirada se nubla, vienen las nauseas... me escapo al patio de la escuela y me fumo un pucho a escondidas.

No pude volver a entrar hasta que el tano terminara la charla, no pude.

Fueron dos semanas, más o menos, en las que salía de casa bien y a medida que me acercaba al trabajo me iba tensionando. Llegaba y comenzaba a cruzarme con estos funcionarios de dos o tres celulares, de chofer esperando, de secretarias, con el gesto de estar “ocupados de”... en realidad creo que se trataba más de una representación que todos hacían y que les resultaba a todos funcional, sobre todo con el recibo de sueldo a fin de mes.

Mediocridad, despilfarro, viáticos truchos, comisiones, reuniones al pedo, esfuerzo denodado en sostener ese espacio de poder, hacer como que, incapacidad, una fuerte carga moral de un Estado inmoral.

Mis compañeros bancaron.

Bancaron el hecho de que me fuera antes. No podía, estar, compartir, escuchar, ver... me ganaban las ganas de golpear, gritar, que mientras estábamos ahí vegetando los pibes se morían a 20 cuadras. Ellos hablaban de los pibes como ella, decían protegerla y que trabajaban para que tuviera un futuro. Pero, no la conocieron, ni se embarraron las patas, ni escucharon sus cosas de chica y de escuela, ni tampoco hicieron nada más allá de las palabras y del materialismo de sus bolsillos.

Más o menos pude reacomodar el cuerpo, y seguir andando. Aprendí, digámosle así, a convivir con esto. A generar un callo ante determinados personajes, que a veces son más, a veces son menos, de acuerdo a cada gestión. A tratar de trabajar de manera digna. De trabajar...

Escenas cotidianas

Hace unos días atendí el teléfono. “Hola, estamos haciendo una encuesta para conocer su opinión sobre las

fuerte declaraciones de xxxx referidas a los piquetes – viene el audio con las declaraciones- xxxx es intendente y futuro candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires. Si está de acuerdo con las declaraciones marque 1, si no lo está marque 2”.

Pa joder marqué lo contrario a lo que realmente opino sobre el tema.

Más allá del hecho de que falten 4 –sí, cuatro- años para las elecciones en cuestión, más allá de que se están invirtiendo fondos públicos para solventar los gastos de estas encuestas, lo que más me jodió es pensar en el candidato.

Sujeto que suele aparecer en la tele cada tanto.

Sujeto que suele montar espectáculos deportivos que se replican mediáticamente –gratis?- .

Sujeto con qué ideales o convicciones?

Porque uno puede ponerse a discutir con aquel que piensa distinto desde el respeto. Pero qué puede hacer con aquel que con dinero suficiente, muta su discurso de acuerdo a lo que una encuesta le dice que es lo que “la gente” opina sobre sus declaraciones?

Si el 60% de la gente no acuerda “con las duras declaraciones de xxxx sobre los piquetes”, ha de continuar este con su línea de pensamiento?

*Que fácil es trascender con fama de original
pero se sabe que entre los ciegos el tuerto suele
mandar que fácil de apuntalar sale la vieja moral
que se disfraza de barricada
de los que nunca tuvieron nada
qué bien prepara su máscara el pequeño burgués. (*)*

Sin dudas este personaje es el emergente de toda una generación de políticos. Sería interesante poder saber qué es lo que mueve a una persona a actuar de esa manera. Digo, porque indudablemente cuestión económica ya la han satisfecho, la cuestión del poder, es relativa, porque es más el tiempo que se pasan buscando sostenerlo que detentándolo realmente, desde ya la cuestión de la idea de transformación social está descartada de plano. El reconocimiento? Si ha de ser de sus pares, es tan falso como él. O acaso será que no les importa, que disfrutan del juego en sí mismo, de la representación...

Cómo carajo evitar la Ira ante esto?

Escenas Construidas

Cuanto vacío que gira alrededor.

El Estado, se va llenando de dirigentes en lugar de estadistas. De funcionarios disfuncionales, y junto con la bronca viene el miedo de mirar hacia adelante.

Mercachifles del discurso, ocupan espacios por el espacio mismo, por el placer que les genera ver su nombre en su tarjeta personal, por el celular pago y el auto con chofer, por el placer egocéntrico de una foto, y se olvidan -en este permanente bamboleo producto de la fuerza de los que quieren desplazarlo- de para qué es que se supone que está ahí.

Para qué, más allá de la carrera, de la proyección, de... si permanentemente están pensado en el lugar que han de ocupar el año próximo, más que de honrar el espacio que ocupan hoy.

Que hay excepciones? Sí

Que cada vez son menos? También

El problema es que ni siquiera se reconoce como problema.

El problema es que se naturaliza, se internaliza y ya nada hace repensar la práctica.

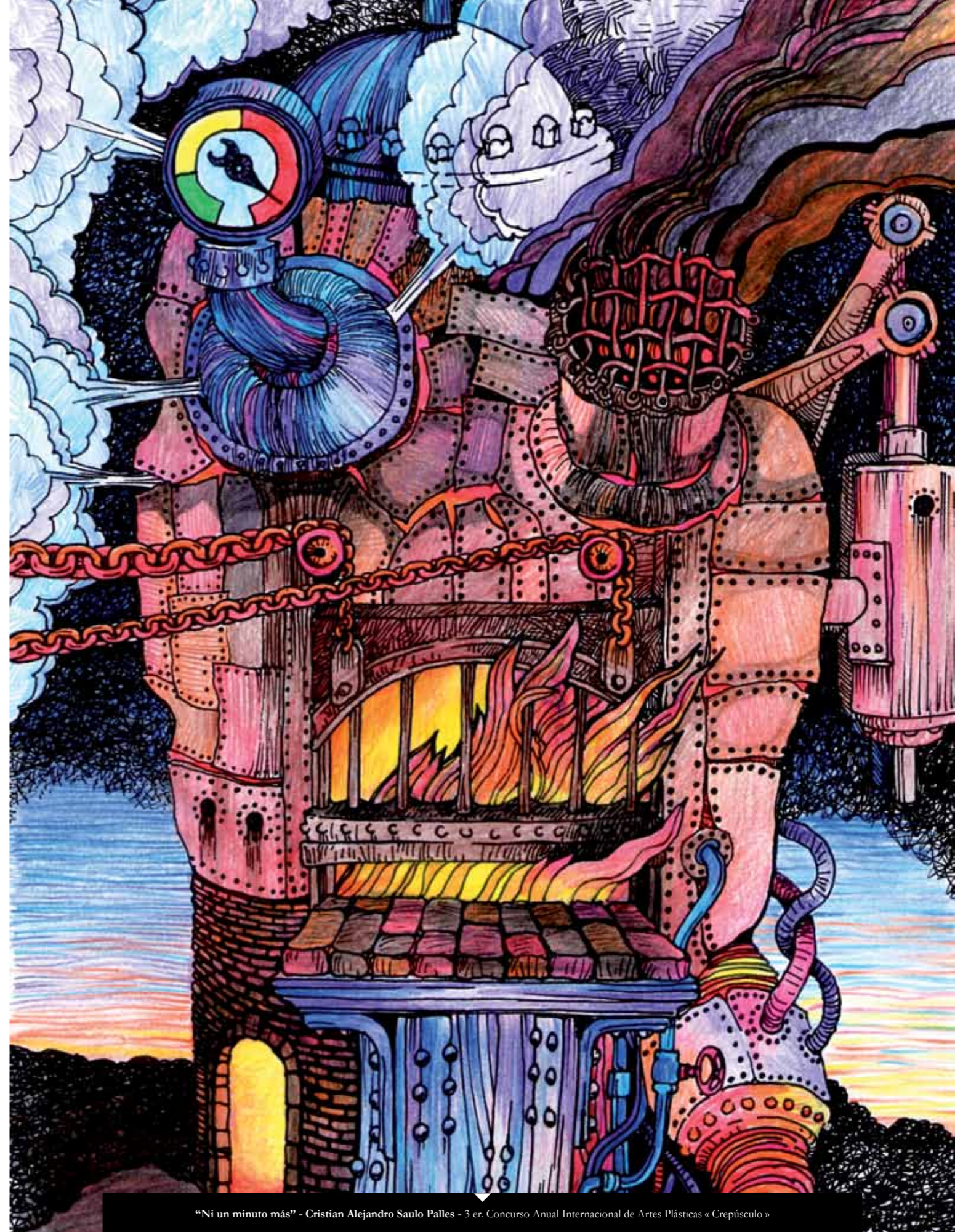
Los que están en el poder, engordado contentos. La oposición, engordando contenta. Cada uno cumple en su papel con lo que se espera de él. Ellos mismos se escriben los roles.

El problema es que el problema sigue existiendo, y que no se puede pensar en solución.

Mientras tanto, uno deambula entre fantasmas y sabe que ella no va a volver y que a la vez está siempre presente. Deambula entre realidades construidas y las que no se ven.

El problema es que a veces la ira es como el barro, entonces lo invade todo. □

(*) CANCIÓN EN HARAPOS - Silvio Rodríguez



“Ni un minuto más” - Cristian Alejandro Saulo Palles - 3 er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepusculo »



“¡Click!”, La ira

Por Matías Di Loreto

De vez en cuando me demoro en el esfuerzo por imaginar pormenores de esos acontecimientos que en los relatos mitológicos narran la génesis de hombres, mujeres, dioses y el mundo y la naturaleza donde conviven. Fabulosos actos donde fuerzas sobrenaturales coincidían liberando dosis de energía tras cada encuentro, a la manera de la onda expansiva en las explosiones.

Una entidad se enamoraba o se unía a otra, posaba un puño o su enojo en alguna cuestión y el entorno no quedaba indemne. De la misma manera, esa energía liberada al cosmos, podía corporizarse provocando nuevos nacimientos.

Aunque hubo un tiempo en que pensaba que este tipo de historias eran patrimonio de tiempos remotos, hallables únicamente entre páginas amarillas o relatos arrugados, hoy por hoy creo con firmeza que tales sucesos tienen lugar así las cosas, más cerca de lo que cada uno de nosotros imagina, en olímpicos vernáculos y quizás con menos épica.

En tales acontecimientos, cada entidad protagonista actuaba de acuerdo a sus impulsos y sentimientos. La suma de dichos factores tuvo en determinadas ocasiones resultados excesivos de energía, furiosos y violentos, que alguien quiso denominar IRA. Como exceso, la

ira a lo largo de la historia no logró un níveo prontuario por lo que fue señalada como una emoción negativa, un pecado capital, así como una traba para la realización espiritual.

Nada bueno sale de la ira, pues.

En la mitología de nuestros días cada exceso de emociones estalla en una piña, un zamarreo, un grito desmedido. En el más conocido de los casos, porque ¿qué destino tendrá la energía que una vez liberada no tiene puerto asignado de antemano?

¿Te provoca una emoción peor de negativa, te corrompe el cuerpo? Apenas “Incertidumbre” puedo agregar sobre la desierta línea de puntos.

Hay imágenes que llaman con fuerza mi atención y cavilando me tienen hasta hallarle algún sentido.

En los límites de las ciudades y los apéndices que éstas ganan con el tiempo gracias a la movilidad de las personas, hay dos momentos en el día en que allí el tránsito es fluido, casi a la manera de una frontera.

A la mañana temprano por un lado, un tropel de overoles, guardapolvos y joggings abandonan esos márgenes para internarse en el plano consolidado de avenidas, plazas y edificios en construcción. Mientras que por otro, el atardecer es el momento en que ese movimiento

se repite pero a la inversa: todos vuelven.

Aquella vez estaba parado en un semáforo marcando sobre el manubrio de la bicicleta el compás que me dictaba el mp3, cuando una camioneta estacionó a mi lado, también a la espera del verde. Como la cabina quedó sobre el paso peatonal, pude ver a los pasajeros que viajaban en la caja trasera: algo más que cansancio cargaban sobre la cerviz, teniendo en cuenta ese aire de tristeza que se alojaba en sus ojos, ensombrecidos un tanto por la visera de la gorra.

Ya había visto esa imagen antes. Conocía esa mueca vestida de visera, camisa de grafa, remera y pantalón de jean gastadísimo. El overol de estos tiempos que se repite a lo largo del país. Esa imagen se me ofreció a la vera de las rutas tucumanas con los cañeros, así como un poco más al norte con otros cosecheros (niños y niñas algunos de ellos) que se internaban en las fincas a transpirar el jornal flaco, sentados todos en la camioneta ostentosa del patrón.

Recién entendí todo aquel asunto a caballo de la bicicleta y no pude marcar más el compás que dictaba el mp3, puesto que mi cabeza sugería ahora con fuerza otra melodía: “Vida de pobre de esperanza se sostiene, doblando el lomo para que otro doble sus bienes”[1].

Si las escenas se repetían con sutiles cambios de locaciones, no era difícil adivinar que el vino o la birra ahogarían más tarde –y con suerte- esa sed de violencia contenida en la nuca agachada en la caja de la chata, explotando en cantos balbuceados o miradas pendercieras toda vez que ese chorro en el galguero fuera insuficiente para apaciguar cualquier impulso furioso, de ira.

En este escenario se plantean roles con personajes que someten a otros y donde la ira tiene su respectivo dique de contención, o su destino cuando de ninguna forma puede ser retenida. Pero -insisto-, ¿qué efectos nuevos ocurrirán en nuestra mitología cotidiana cuando los personajes son otros?

[1] Estribillo del chamamé de José Larralde “Garzas viajeras”.

Un sol para los chicos - Toma 1

En aquel lugar estaban todos presos desde hacía rato, pero los repentinos flashes uno atrás del otro les hacía pensar en la comisaría, en el arresto, la marroca y la rueda de reconocimiento. En lo cinematográfico que parecía todo aquello en la mente alucinada de un pibe de 16 años. Como era él, jugando ahora a ser director de fotografía y escenógrafo para una sala de paredes húmedas y ventana grande, que necesitaba oscura para respetar el guión y al que emprendería poniendo una frazada suya colgando del barral, logrando así la penumbra deseada.

Miró al chico por encima de la montura de sus anteojos y afirmó su voz ronca para gatillar: “Cuando estés en Batán vas a poder colgar todas las frazadas que quieras, acá no”

Dejó esperando a sus compañeros de encierro y se acercó a pedir permiso a uno de los guardiacárceles, a quien por un inexplicable paralelismo llamaba “maestro”.

- ¿Puedo sacar mi frazada para tapar la ventana?

El “maestro” hojeaba el diario del día sentado alrededor de una mesa y cebaba el mate que chupaba su guardián compañero. Miró al chico por encima de la montura de sus anteojos y afirmó su voz ronca para gatillar: “Cuando estés en Batán vas a poder colgar todas las frazadas que quieras, acá no”.

Un sol para los chicos - Toma 2

En horario pico, cualquier transporte público circula repleto por las calles de la ciudad. Quizás el chofer no reciba órdenes de ningún tipo y será por eso que estaciona toda vez que alguien estira su brazo desde la parada, convirtiendo al pasaje en un Tetris singular.

El último que tuvo el coraje de subir a ese ómnibus atestado fue un pibe de rasgos andinos, enfundada media cabeza en un gorro de hilo negro y escondido el cuello entre sus hombros anchos de wélter completo. Le habló al chofer flameando un billete de dos pesos que había estado arrugando en su mano derecha: quería cambiarlos por monedas para poder pagar su boleto.

El conductor no le dio una solución pero tampoco lo invitó a bajarse por lo que el pibe quedó allí parado y mudo, mirando la máquina tragamonedas, haciendo equilibrio delante de la estiba humana que lo sucedía.

Dos cuadras después, una mujer que estaba sentada

con su pequeña hija en las faldas revolvió su bolso de donde sacó algunas monedas, que a su vez alcanzó a su marido para que se las cambie al nuevo pasajero. El hombre estiró su mano y le balbuceó algo al pibe que seguía sin reacción, con su vista clavada en esa carcasa metálica a la que le debía un peso con noventa centavos.

Reaccionó recién ante el llamado de otra mujer, sentada casi a la misma altura que la otra pero en los asientos individuales. Esta señora no alzó su mano, sino que atrajo al chico con el mentón. Varios pares de ojos contemplaron esa escena en la que el morocho se acercó y extendió su mano vacía hacia su benefactora que sin embargo sugirió: “no, primero dame vos los dos pesos”.

Stop. Rewind. Play: “no (como yo soy tu favorecedora tengo el derecho plenipotenciario de obligarte), primero dame vos los dos pesos (no vaya a ser cosa que encima que te hago el favor me metas el perro, nene)”.

La ira como ebullición de impulsos y sentimientos se manifiesta como la respuesta intempestiva ante las injusticias, amenazas o situaciones de abuso. Una reacción desenfadada como el justificativo redactado a la medida de determinados intérpretes, aquellos que ponen las reglas.

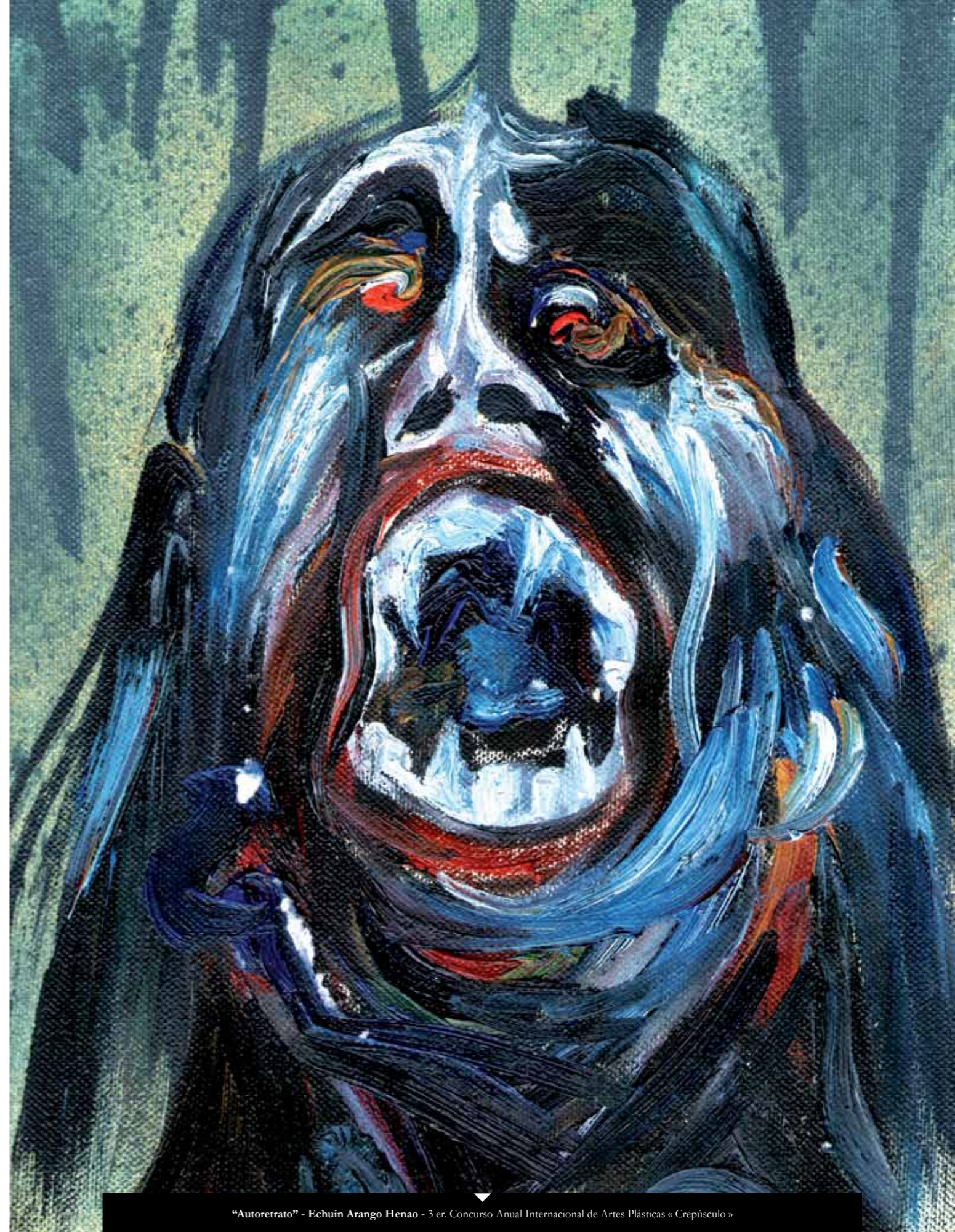
En el relato mitológico de nuestros días, ¿quién sería el encargado de dictar los criterios que indican esas situaciones de injusticia? ¿y de aquellos que señalan al otro como una amenaza?

Y tras ese zarpazo que uno ofrece como acto reflejo -¿irracional?-, ¿se sabe qué efectos provoca? ¿Y qué, cuando esa reacción opera como prejuicio?

Pero sin dicha respuesta intempestiva, a cada momento un mundo que pudo haber sido liberado queda condensado sin válvula aliviadora en ¿la mente? ¿piel? ¿articulaciones? ¿voz? ¿rencor? de cada quien.

Y tras haber protagonizado o habiendo sido testigo de algún episodio meritorio, con una duda manifiesta, pesada, brumosa, que niebla el raciocinio, que entorpece la sinapsis, e impide vislumbrar cómo reaccionar sin cometer algún delito agravado, quizás en algún lado se haga un click que te motorice a pensar y hacer otra cosa, como por ejemplo escribir un artículo sobre la ira.

“
!
K
C
i
C
!
”



“Autoretrato” - Echuín Arango Henao - 3 er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepusculo »

LA PROPINA

2 do. Premio del VI Concurso Anual de Relatos Crepúsculo

Por Horacio Convertini

Lamparazo al pecho, pensé, cuando lo que me apuntaba al pecho no era el flash de una cámara de fotos sino la boca de un Mauser en manos de Salinero. Facciones heladas de muñeco de cera, ojos como huecos y dentro de los huecos, piedras oscuras. Lamparazo al pecho. Así lo llamaba Duré porque Salinero no sabía manejar la luz ni los encuadres. El apodo le había quedado y nosotros lo repetíamos, inocentemente, nunca de frente ni con malicia.

“¿Qué hacés, loco, mirá si te ve Spegazzini?”, le dije. Una boludez, ya sé. Qué le puede importar a un tipo que se aparece de golpe en el trabajo con un fusil para cazar jabalíes que lo rete el jefe. Pero aunque pareciera mentira, éso me salvó. Salinero giró noventa grados a su izquierda, hacia donde estaba la oficina de Spegazzini, lo vio venir y disparó. Una llamarada blanca y Spegazzini que vuela hacia atrás arrastrando una silla y un perchero, rebota contra la fotocopiadora y cae sentado, con un volcán rojo en el estómago vomitando sangre. Al balazo le siguieron gritos. Un instante de caos. Y yo

lo aproveché para saltar al otro lado de mi escritorio y esconderme debajo.

Salinero era el único fotógrafo de la editorial, si no contamos a Duré, el socio de Spegazzini. Duré había trabajado veinte años en La Razón y gozaba de cierto renombre: sus fotos del terremoto de Cauçete habían ganado un premio internacional y se decía que los mejores retratos de los últimos días de Perón los había tomado él. Pero le importaba la plata más que la gloria. Lo despidieron de La Razón a fines de los setenta cuando se dieron cuenta de que le estaba vendiendo el archivo a la competencia. Fue entonces que se juntó con Spegazzini y fundó la editorial. Sacaron tres revistas: “Pura carne”, de mujeres desnudas, cuentos eróticos y teléfonos de putas; “Pura verdad”, de sucesos policiales; y “Puro misterio”, de platos voladores y fantasmas. Basura en papel de bajo gramaje. Todas las fotos, si no se robaban a revistas extranjeras ni se compraban a archiveros venales de los diarios grandes, las sacaba Salinero.

Menos las de minas en bolas, que eran el coto de caza de Duré.

La gran virtud de Salinero era su disponibilidad: para él no había hora ni día ni lugar inconvenientes. Técnicamente malo, pero barato, callado, voluntarioso. Y eso bastaba. O acaso fuera la condición necesaria para trabajar allí: nadie con un poco de altura u orgullo podía aguantar demasiado en ese hospicio de mediocres y fracasados.

Un murmullo confuso sucedió a los gritos. No sé cuánto duró, porque yo estaba aterrado. No podía sacar dos imágenes de la cabeza: la boca del Mauser apuntándome al pecho y el lamparazo de plomo atravesando a Spegazzini. “Era para mí, era para mí”, me repetía. Y no podía entender por qué. Yo nunca le había hecho nada a Salinero. Es más, nadie le había hecho nada a Salinero, si ni siquiera le dirigíamos la palabra. Tan callado era el tipo. Tan solitario. Un fantasma que venía, hacía lo suyo y se iba. No sabíamos si tenía esposa, hijos, dónde vivía, qué hacía cuando no sacaba fotos. Tampoco nos llamaba la atención que vistiera chalecos rústicos y borceguíes militares al estilo de los corresponsales de guerra. Pensábamos que eran manierismos del oficio, como la corbata desencajada del viejo Fender, que se creía Raymond Chandler cuando inventaba crímenes tortuosos en las páginas de “Pura verdad”.

El murmullo, quise creer, debía de ser una tregua. Mis compañeros tranquilizando a Salinero. Desde donde yo estaba no había ángulo para ver demasiado. Sólo el escritorio de Fender. Y vi a Fender asomándose lentamente, los lentes sostenidos de una patilla sola, el pelo blanco alborotado, una manito temblorosa que parecía pedir clemencia. Sólo eso. Después, tiros, otra vez. Y me tapé los ojos.

A Salinero lo había traído Duré de La Razón. Lo trataba con una mezcla de paternalismo bonachón y rigor mala leche. Esto es, palmearlo y elogiarlo por una foto común y silvestre, antes de descargarle la peor de las filípicas por el fuera de foco de un cadáver retratado a las corridas entre los empujones de la policía. Había entre ellos una relación maestro-alumno bastante perversa. Si Duré sabía perfectamente que Salinero no daba más que para un lamparazo al pecho, ¿por qué le exigía como si de él pudiera sacar un Pulitzer a fuerza de retos públicos? Y si Salinero sabía perfectamente que la editorial no era más que un resumidero de lo peor del

periodismo, ¿por qué no lo mandaba a la mierda? Cuando Duré andaba cruzado con él, lo hacía clasificar fotos. “Mirá bien el trabajo de otros que así se aprende”. Y le encajaba dos o tres cajas repletas de diapositivas para que las examinara una por una con un cuentahilo, las identificara según la noticia o el personaje y las archivara. Una tortura que Salinero soportaba sin quejas y hasta con cierto grado de entusiasmo. “Se debe de calentar con las fotos de minas en bolas”, suponía Fender. “¿No vieron la gaveta? La tiene forrada con las tapas de Divina Diva”.

Divina Diva era la gran estrella de “Pura carne”. Según las notas de la revista, era la única actriz porno argentina que triunfaba en el exterior, vivía en una mansión de la Costa Azul que le había regalado un magnate griego y no existía varón de la aristocracia europea que no le hubiera ofrecido fortunas por una noche de sexo. Fábulas de Duré. Divina Diva, en realidad, se llamaba Nilda Haydée. Era una paraguaya teñida de rubia que trabajaba en un prostíbulo de Barrio Norte. “Petisita, sí, pero linda, y con un cuerpo que raja la tierra”, decía Duré, el único que la conocía en persona. Cada vez que Divina Diva salía en la tapa, las ventas pegaban un salto. Nadie sabía si era por su belleza o por el personaje que le habían inventado, pero lo cierto es que esa mujer tenía algo especial, misterioso, que fascinaba a los hombres.

La sucesión de tiros sonó como esos truenos que se van encadenando hasta parecer uno solo. Cuando paró, Fender volvió a asomarse. El viejo era la mejor pluma de la editorial, aunque eso, dado el contexto, no significaba nada. Nunca había cumplido su sueño de ser como Chandler. De joven, una novelita suya había ganado la mención de honor en un concurso municipal y esa ilusión lo había traicionado. Al igual que todos los periodistas de su generación, consideraba al periodismo un género bastardo al que debía someterse por necesidad, o incluso por estrategia, antes de alcanzar el triunfo en el arte superior de las letras. Era un lector fervoroso y tenía una sorprendente capacidad para las citas, a las que usaba como ornamento de cada línea escrita o dicha, pero de talento real y genuino, poco. Sintetizando: escritor frustrado, veterano en caída libre y, aun así, tuerto entre ciegos.

Esta vez, Fender tuvo tiempo suficiente para salir de debajo del escritorio e incorporarse. Creo que se sintió a salvo porque todos lo querían y respetaban. “A mí no va a tirar”, habrá pensado. O tal vez sólo haya especulado

con su nombre en la primera plana de los diarios y una oferta para escribir un libro sobre la masacre. La gran oportunidad para su prosa. “Tranquilízate, muchacho”, balbuceó, “que esto sólo te puede perjudicar a vos”. Oí el balazo y la cabeza de Fender estalló como una fruta.

Nadie, que no fuera Duré, ponía las manos en “Pura carne”. Se encargaba de todo, desde la producción periodística hasta la venta de avisos. Muchas de las fotos las robaba de revistas suecas y alemanas que le traía de afuera un piloto de Aerolíneas Argentinas. Otras las sacaba él mismo a putas como Divina Diva que conseguía por ahí. Alquilaba un estudio en el centro y podía tenerlas horas probando luces, fondos, poses. Una obsesión que le salía cara y que no tenía relación alguna con la calidad de la revista. En una fiesta de fin de año, medio picado por el vino, había deslizado el por qué: “No hay nada más agradecido que una puta agradecida. Cuando ven que uno las hace lucir como reinas, se derriten. Las más pibas se ilusionan con que gracias a tus fotos las descubra un productor de la tele o un millonario. Las más veteranas vuelan bajo; les alcanza con saber que podrán mejorar la cartera de clientes. Todas dejan una propina para el fotógrafo”. Hizo un gesto con la mano para que no quedaran dudas de que no hablaba de dinero. “¿Divina Diva también?”, pregunté yo. “Todas, nene”.

A partir de esa noche, las propinas de Duré se convirtieron en el gran tema de la editorial. “¿Y? ¿Cobró algo hoy?”, lo jodíamos. Él se reía, ambiguo; no negaba ni afirmaba. “A ver cuándo reparte un poco”, y le señalábamos con la cabeza a Salinero. “Depende de él –respondía en voz alta–, de que termine con los lamparazos al pecho...” Pero Salinero lo ignoraba. Jamás parecía atento al aquí y ahora, sino a algo que habría de pasar más adelante, acaso en otra dimensión de tiempo y lugar, algo superior y diferente.

Salinero era alguien que espera. Y lo que espera, por fin sucede. Duré que no puede hacer las fotos de “Pura carne”. Alguien asegura que discutió feo con Spegazzini y que se fue dando un portazo. Que renuncia a la editorial. Cuentas que no cierran en la facturación de avisos. Spegazzini que llama de apuro a Salinero. Hay una tapa pendiente. Divina Diva, casi nada. “Ojo con lo que hacen”, le dice Spegazzini. Salinero asiente y va.

Abrí los ojos y vi los borceguíes manchados de sangre frente a mí. Supe que había llegado mi turno. Y esa

certeza me iluminó: me ayudó a comprender todo, a descifrar la oscura razón de tanta locura. “Está en el banco”, grité. “Duré está en el banco. Vino y rajó”. Los borceguíes siguieron ahí un par de segundos y luego se retiraron. El resto lo sé por los diarios. Salinero fue al banco, baleó al guardia de la puerta que le quiso cerrar el paso y agarró a Duré saliendo de la oficina del gerente. Primero le tiró a las rodillas. Luego le apoyó la boca del Mauser en el pecho y lo remató.

Salinero no habló jamás. La que sí habló fue Divina Diva. La noche anterior a la tragedia, Salinero había trabajado cuatro horas con ella, obsesivamente y en silencio. Antes de cada serie de fotos, le tomaba una polaroid para que viera cómo iba marchando la producción. “Me hacía sentir como una estrella de cine”. Lo extraño ocurrió después, cuando Salinero le dijo que habían terminado y ella empezó a vestirse. Le preguntó si no había nada para él. “¿Qué?”. La propina. La puta se le cagó de risa. Sabía. “¿Te creíste los cuentos de Duré, lindo? No podés ser tan boludo”. Salinero se le fue encima. Forcejearon hasta que ella logró manotear una sevilla que llevaba siempre en el bolso por las dudas. “Si no me soltás, te capo”. Contó que Salinero se puso blanco y que los ojos se le nublaron antes de liberarla.

Sé que pude salvar a Duré, porque imaginé lo que iba a pasar y no llamé ni a la policía ni al banco. Pero siento que hice lo mejor. Que Salinero merecía terminar su tarea. Una vez lo fui a ver a la cárcel. Estaba más flaco, como consumido, y mantenía el aire de frialdad y ausencia. Le hice un par de preguntas de compromiso y me las respondió con monosílabos que apenas alcancé a oír. Cuando me estaba yendo, me frenó. Las fotos de Divina Diva, dijo. Por favor, conseguímelas. Le contesté que no iba a ser fácil, que el juez había secuestrado los rollos y las polaroids. Pero insistió con voz quebrada.

Una sola, rogó. Una aunque sea. □



Jonatan Cognetti - www.jonatacognetti.blogspot.com - 3 er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »

LA IRA: MITO IMPULSOR DEL PERIODISMO ACTUAL

Por Marcelo Chillón

¿Qué aporte puede realizar un periodista de pueblo al tema convocante? La ira tiene grandes exponentes y mejores analistas. Pero, desde que se presentó la sugerencia, he evidenciado que la ira **se ha manifestado en toda su cotidianidad**. Y el periodismo es un constructor de realidades.

Según la **Real Academia Española** la ira es la “pasión del alma, que causa indignación y enojo”.

Por su parte, **Pichón Riviere** ha planteado en su **crítica a la cotidianidad** que en ésta se construye y reproduce la propia subjetividad del sujeto. Por lo tanto –diré, en una burda reducción - al desnudar la vida cotidiana, podremos considerar los fundamentos del **orden social**. En esa construcción, el sujeto será influenciado por *saberes* (formales, instruccionales), sus creencias (proposiciones emotivas, aceptadas y transmitidas transgeneracionalmente), y las experiencias (vivas), que **edifican la vida cotidiana**, en forma repetitiva, obvia y estereotipada.

Es que lo cotidiano se **naturaliza**, se aprehende, se normaliza.

Una herencia cultural

Muchos analistas de la historia y la cultura latinoameri-

cana han buscado explicaciones para significar grandes eventos, que podemos denominar **impulsores**.

Absurda y sintéticamente recordemos a Quetzacoatl, la serpiente emplumada, divinidad azteca que se embarcó en el Golfo de México, bajo promesa de volver. Los españoles, representaron, para algunos, ese retorno, y junto a él la traición, la ira, la venganza de pueblos sojuzgados.

Observemos algunos **mitos impulsores** de la conquista. Algunos propios de los pueblos precolombinos, como la **Tierra sin Mal** que persiguieron los tupí guaraní en busca de la felicidad. Otros, perseguidos por los hispanos, como **la fuente de eterna juventud** que buscó al norte Ponce de León; también la ciudad del oro o del Dorado, o la de plata, que tanto nos significó a los platenses.

Más tarde, los mitos de la consolidación, como los de las independencias, las guerras civiles, la propia Guerra de la Triple Alianza, la *Conquista del Desierto*, la generación del '80, la emergencia del radicalismo y luego el peronismo, la Revolución Libertadora, el Proceso de Reorganización Nacional, Malvinas, y la historia reciente.

La cultura latinoamericana, y la argentina en particular, se han caracterizado por intentar –cíclicamente- impo-

ner proyectos hegemónicos, totalitarios, absolutos, excluyentes. Aún absurdos.

Partiendo de la dicotomía impulsada por Sarmiento, la de **civilización o barbarie**, nos hemos esforzado en promover una práctica social que intente imponerse por sobre los demás. Mucho después, **Rodolfo Kusch**, irá a profundizar esos abordajes culturales, donde lo popular deberá enfrentarse a la cultura letrada. Y volverá a anteponer dicotomías como el hedor/pulcritud, sujeto deseable/indeseable, *ser alguien*/estar nomás.

El proyecto normalizador a partir de la escuela, iniciado por las presidencias fundacionales y las corrientes positivistas tuvo gran *éxito*: *remediaron el hedor* que representaba el populacho autóctono, adhiriendo a una cultura letrada, ajena, importada. Hoy **la escolarización ha perdido significancia**, como también el **proyecto unificador**, formador de ciudadanías, consolidador de un colectivo nacional –ni puro, ni equitativo, pero nuestro- que llegará hasta que la globalización y la posmodernidad impongan de

lleno el paradigma del hedonismo híper personalista e individualista.

Ya está! Se acabó el proyecto, se diluyeron los *grandes relatos*, la historia se fragmentó en forma molecular, en millones de particularidades y revisiones. La palabra se hizo evidente, siempre individual, de la mano de la Internet y las redes sociales. La **era del disvalor** hizo su presentación con grandilocuencia. Sin ataduras sociales, **la moral queda “liberada de cualquier divinidad tutelar”** (Gilles Lipovetsky), y la ética, poco menos que una situación acomodaticia. El Estado mínimo, sin *proyecto*, librada la sociedad al más rancio concepto del *laissez faire*.

El individualismo, la ira y la resolución

La ira está presente en los genes de la humanidad, y como tal, es inescindible a cualquier representación que podamos hacer de *la realidad* en cualquier recorte histórico. Pero nos interesa el presente, que –como se dijo- se anuncia a la vida cotidiana.

En el trabajo docente o periodístico que ejerzo en *mi vida cotidiana*, la sinrazón y la expresión a través de la ira se manifiestan en la construcción de la realidad y/o la representación que hacemos de la cotidianidad. “**Clarín miente**” fue el único argumento que pudo presentarme un alumno como acto de descalificación de la currícula. Como corolario, la Presidente de la Nación anunciaba la violencia institucional para referirse al –repudiable- ataque a periodistas de **Tiempo Argentino** y **678**. Olvidó ataques personales a otros periodistas. La ira la mostró el Secretario Ricardo Moreno, que en la lejana **Angola** despachó sus odios contra un medio de prensa. No

importa el medio, sino el mensaje. Ira que despertó al obsequiar medias a pibes en pata que viven en una de las sociedades más desiguales del planeta. Vuelve a importar el mensaje.

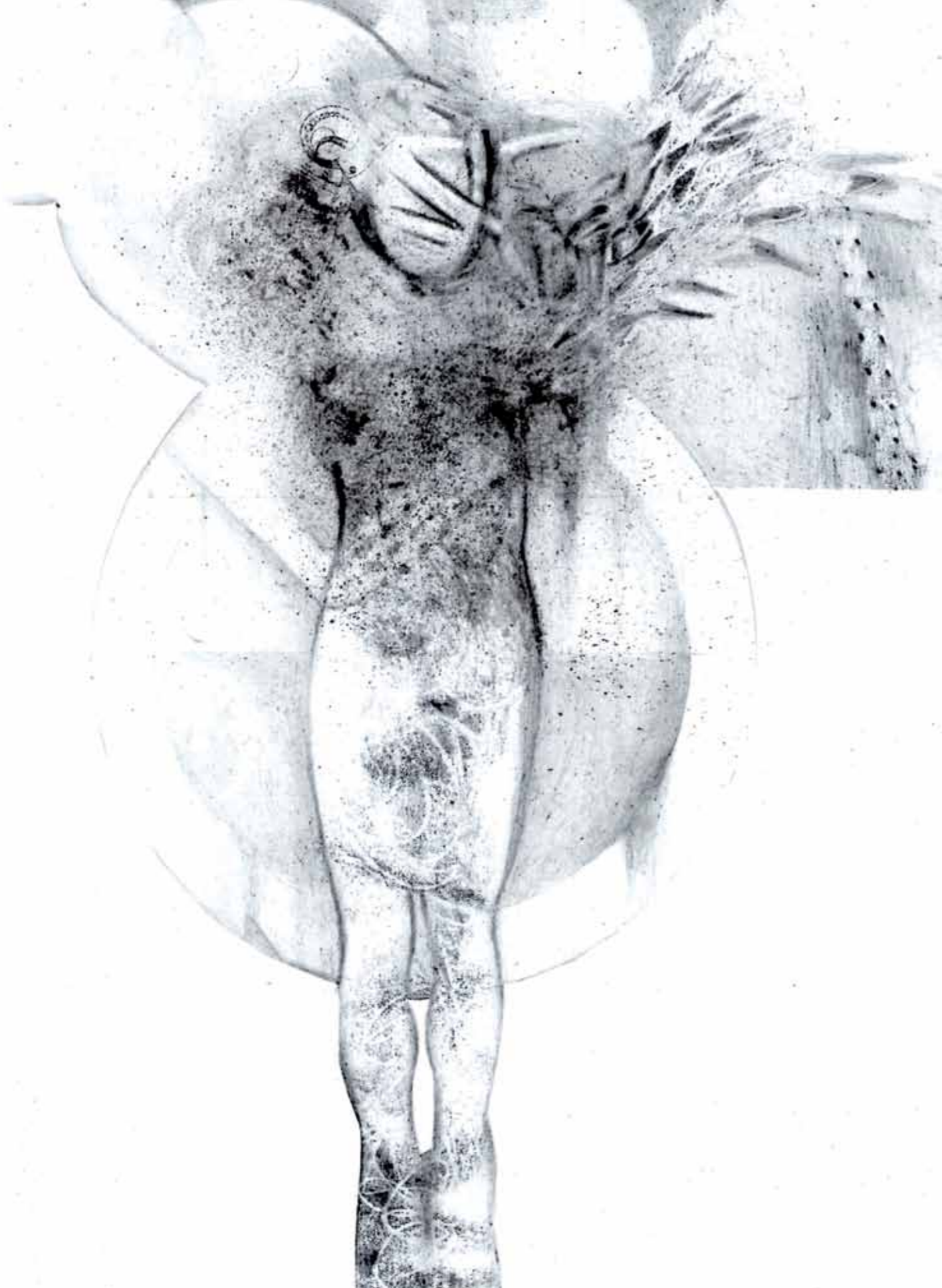
La ira, que hemos visto en el fútbol de **Teo Gutiérrez**, un militante de la provocación, y que se multiplica en las muertes por los trapos y las golpizas por la camiseta. Paralelamente, los dobles agentes de la **política** for-

talecen ambiguos discursos que flaquean en su probada complicidad con las barras. Como la ira de una justicia que **no tiene un político en cana**.

¿Cuánto de show hay en los mediáticos impulsos marcados por la ira? ¿Es que la ira marca la agenda mediática? Finalmente, o para iniciar el debate, ¿dónde quedó el proyecto unificador, el colectivo nacional, la normalización y los mecanismos de socialización? **Liberar el contrato social** de las sociedades ha implicado liberar el **lobo** de los hombres. Hobbes ha pronosticado -antes que Rousseau firmara su *contrato*- la violencia natural de la humanidad, en una guerra de todos contra todos. Parece un camino.

Es que el **periodismo sensacionalista** –prácticamente todo- busca la ira como una forma de incrementar la atención. Desde las reconciliaciones entre Moria Casan y Carmen Barbieri, los ceniceros de Su Giménez, las trompadas del Turco Samid a Mauro Viale, a cualquiera de las placas de Crónica y toda creación del soñando/bailando/cantando de Tinelli, **la ira vende**, incrementa

“La ira está presente en los genes de la humanidad, y como tal, es inescindible a cualquier representación que podamos hacer de la realidad en cualquier recorte histórico.”



“Elogio de la locura” - Martín Alejandro Cabrera - 3 er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »

rating, aumenta audiencias. Lo dice el **manual del periodismo**, será noticioso un hecho que apele a las emociones. ¿Y si no, qué sería de las telenovelas? El éxito de la historia de exclusión de la bella Cenicienta a las cachetadas de Arnaldo André o el inacabable sufrimiento de Floricienta, siguen pregonando el estereotipo, que evidentemente, cala profundo en la audiencia, y como tal, continúa girando.

La ira que se observa en uno de los fenómenos sociales más crudos y repudiados, el **femicidio**. El tema comenzó a anclar en las audiencias a partir del caso **Wanda Taddei**, que también sirvió para difundir los 282 femicidios de 2011, entre ellos, el de la pampeana **Carla Figueroa**, asesinada a cuchilladas por su pareja, su ex violador, frente a sus propios hijos, medida que terminó con el perdón-avenimiento.

La ira es política. El gobierno se ha enfrentado con la Iglesia, el campo, la ex oposición, con Cleto Cobos, el campo II, Clarín, Inglaterra... Otros tantos, le respondieron con la misma moneda. Las concepciones en blanco y negro, hegemonía-contrahegemonía, adhesión-aversión se afianzan en nuestra sociedad.

Es política cuando se naturaliza que en una escuela a una nena se le corte la cara “por linda”, o que los pibes en un boliche se maten –literalmente- a garrotazos a vista de todos, o que los usuarios del Roca reciban –en años de elecciones- la nueva promesa de electrificación, o que en la “masacre de Once” el Estado *descubra* el incumplimiento contractual... La ira se despierta ante la falta de respuestas.

Claro ejemplo, de una sociedad ajena al diálogo y a la mediación, la sufrida por **Ricardo Darín**. En TVR, reconoció coincidencias y disidencias, lo cual le significó el escarnio público. “No hay lugar para tibios”, le criticaron desde el oficialismo.

Y todo ello, ha sido impulsado, desnudado, manifestado, en el periodismo que la sociedad pide. Hechos que el Estado –es decir, la sociedad- no repudia. La regla, es la no regla. ¿Qué sería de la ira sin los medios? ¿Es la ira un mito impulsor del ranking periodístico?

Como corolario. ¿Observamos y desmenuzamos nuestra cotidianidad? ¿Se manifiestan las dicotomías históricas? ¿Repensamos nuestra complicidad en el no contrato social? Creo que no.

Las instancias de contención, negociación, internalización, aprehensión de las prácticas sociales, luego de los '90, han de canalizarse exclusivamente desde el ámbito de la intimidad. La vuelta al yo, al lobo depredador y

sobreviviente, representa una *animalización* del hombre, quizás un *hombre nuevo*, que como sostuvo **Nietzsche** aparece detrás de la **muerte de Dios**, transformado la humanidad en su propia deidad, con el suficiente poder de creación/destrucción e independencia que lo coloca a la altura de un superhombre.

Allí, finalmente, encontramos que **la ira ha perdido el repudio social**, donde el consenso es el individualismo, y donde los medios ofician el doble rol de *Gran Hermano* que todo lo ve, lo cuenta, y que la sociedad –sin mediaciones tradicionales- replica en parte. Volver a considerar valores y éticas, responsabilidades públicas, construcción de lazos sociales, recuperación de los roles del Estado, de un proyecto educativo, de un nuevo mito impulsor –determinar qué sociedad pretendemos-, es –entre otros- una responsabilidad común. □

IRA

MITO IMPULSOR DEL PERIODISMO ACTUAL



INFIERNOS COTIDIANOS

Por Paula Eisenberg // paula72_e@hotmail.com

Dando saltos frenéticos unas veces y otras subyaciendo como relámpagos debajo de un río, la ira se deshebra. Ella aparece ante nuestros ojos diferenciada en una amplia gama de matices. Mancillada y oscurecida se refleja en las caras que acusan a un asesino o se encumbra poderosa y sigilosa entre las aspas violentas de

un reclamo popular.

La mirada servil de los acidulados seguidores de la moral y la hipocresía patentada, opina que la Ira debe ser repudiada, cuando no, corregida desde la más temprana infancia. En los cuentos de niños detrás de la dulce mirada curiosa de las amorfas reinas se esconden los

fantasmas de una ira profunda y visceral. La madrastra de Cenicienta, por ejemplo, no oculta la llaga de su brutal mordida cuando avecina la imagen de la dulcinea a su hiriente corazón enfermo.

El odio abrumador de la envidiosa bruja que acecha a Blancanieves y su manzana jugosa de venenos empujando el fruto adorado como lazarillo fiel, muestra bestial la ira encubierta de la malvada. Siempre hay un algo, un otro, que causa profunda sensación de fastidio, molestia, angustia y enojo. Abundan los motivos, los reales o imaginarios. Una faceta más de nuestra mirada salvaje...o no tanto.

Las historias de la tradición oral o escrita arrojan moralejas más o menos potables que intentan ajustar la faja de las buenas costumbres. No se alejan los cuentos de la realidad cotidiana. Nunca lo hicieron. Es preciso distinguir que en ellos se manifiestan finales impecables a diferencia de nuestra mancillada vida de todos los días.

También existe una faceta silenciosa y solapada que resguarda a la ira disimulada. Esta se parece mucho a la mueca gentil y forzada de las respuestas diplomáticas. Muchas son las veces en que se obliga a callar, sofocar los enojos extremos en un ahogo que enferma y aturde. La maquinaria de la

Educación institucionalizada rescata las ideas del imaginario popular y las habilita en función de sus propios intereses. Es muy común doblar el ímpetu en los niños. Ellos materializan de la forma más veraz y auténtica los impulsos violentos. Fuera de toda lógica, engeñados por el asunto que los aturde se arrojan sobre el otro que los fastidia, pegan y acusan a grito pelado. En los patios escolares se impone la restricción a cualquier manifestación violenta ajustando el traje de la princesa hasta la asfixia. Encorsetando las acciones, avergonzando al insurrecto. Pero a los mayores se les da permiso; permiso de gritar y estallar en correctivos, permiso de hermanarse con los iracundos.

Yo recuerdo a mi abuelo. A los hilos impetuosos de su mirar atento. La maravilla de sus palabras desplegadas en auras de reuniones familiares. Cómo sencillamente

se instituía en rey de las veladas y dejaba resonar uno por uno los cuadros de su presencia en todos y cada uno de nosotros. Manejaba la ira y sus acechos de manera lógica, los encauzaba en defensa de los vecinos más despojados, llegaba al límite de las discusiones peleando por los derechos de sus amigos canalizando una furia violenta que le servía de motor para avanzar en sus trajines diarios. Así se libraba al arranque iracundo de todo pecado. Cerca de las miradas que velan la lógica de las familias, la de mi abuelo y su entorno es sólo una imagen más de las fotos cotidianas de furia legalizada. No siempre la ira va en desmedro de la revelación de dones sino que defiende del silencio que estalla astillas vidriosas de dolor infernal. Ella misma justifica su aparición en función de limpiar la casa interna de lágrimas secas ulteriormente cristalizadas en sales ponzoñosas.

“El odio abrumador de la envidiosa bruja que acecha a Blancanieves y su manzana jugosa de venenos ...”

Crónica de la niña de los mares, asesinada

En medio de la opresión final, los ojos de la sirena reían, fulgurantes y extraños como jamás lo hubieran hecho. En su callada boca las algas se enredaban y ella ondulaba entre la corriente como una liana acuática. Las aguas de la laguna, estériles en grandeza le apagaban los últimos colores. Los acervos policiales abundantes en palabras

mecánicas acusan a tres hombres. Ultrajada y asesinada indican las crónicas periodísticas y la pequeña flota en el agua sucia del río mendocino. Entonces, no existe cuestionamiento alguno para la ira que se emparenta con la indignación y un odio callado y sombrío hacia los autores del hecho.

La niña está muerta y tres hombres- muy posiblemente de su familia- se atribuyen la marca de la cruz. En crónicas más capitalinas a diario se recogen escenas similares. Madres que sepultan los restos de sus hijos dando vuelta a la línea temporal lógica que indicaría despedidas inversas. Búsquedas que obligan a no despegar la mirada de la pantalla, el oído de las noticias. Todos buscamos, sumergidos en una oscuridad que nos obliga a mirar sin ver. Allí la ira se justifica casi ciegamente. Los medios masifican las emociones, todos sufrimos,

odiamos, lloramos y nos enfurecemos. La Ira se legaliza, deja de ser pecaminosa, y hasta resulta antinatural no sentirla al ver los ojos brillantes de la niña que reía en la foto familiar y saber que ya no será posible nunca más. A mi parecer, no siempre la ira se debería ajustar a las filas del desprecio. No lo creo. En ciertas y acertadas ocasiones ondular entre vientos iracundos permite liberar razones.

Quizás a la furia violenta que despierta nuestros instintos más atávicos la diferencie también el motivo, la razón de ser que hace que la ira se desproteja de toda justificación o se manifieste, digna y clara como muestra cabal de la defensa de intereses compartidos, daños causados, perjuicio y dolor. Unos ojos que hablan sin decir, un niño muerto en manos asesinas, la miseria llevada a grados infrahumanos.

El odio abrumador, la ira, como distinguir las diversas y diferentes tonalidades cuando la furia avanza y quedan perplejos los ojos del otro. Otro perplejo que insinúa no saber de qué se trata. Existe una gama amplia que destila posibilidades dentro de la Ira o más allá de ella. El odio, su primo carnal tiene una mirada aún más visceral, más atractiva para las novelas de la tarde. Odiar significa dar un paso en falso, salirse de la línea. Entre el amor y el odio, dicen, hay apenas un par de suspiros temporales. La realidad no se calla. La sirena espectral es una niña muerta que en realidad nos implica a todos en la bestialidad de lo cierto. No hay medios matices apenas blancos puros, o negros, valga el caso. Nadie puede odiar a medias o sólo un poco. Lo mismo sucede con la ira. No se puede ejercer a mitades. Hoy esa masacre enciende la furia de cualquiera que se digne a asomar la nariz por la historia. Aún más si se trata de niños y esto no es cuento. □

INFIERNOS COTIDIANOS

VII Concurso Anual Internacional de Relatos de Revista Crepúsculo

Hasta el 28 de septiembre de 2012

Podrán participar autores de cualquier nacionalidad, mayores de 18 años, con una única obra original e inédita

Las obras tendrán una extensión máxima de 6 carillas.

Los originales serán firmados con seudónimo

PRIMER PREMIO: \$ 2.000.
SEGUNDO PREMIO: \$ 1.000.
TERCER PREMIO: \$ 500.

*El autor no pierde los derechos del relato premiado.

Crepúsculo

Consultá las bases completas en

www.fundaciontrespinos.org // www.revistacrepusculo.org // info@fundaciontrespinos.org



www.revistacrepusculo.org



BIG MAC y la revolución

Por Ariel Urquiza

Veo, en un afiche callejero que promociona una muestra artística, la imagen de La Libertad guiando al pueblo —la pintura de Delacroix sobre la revolución de 1830—, solo que en este caso la Libertad no hace flamear la bandera francesa sino una bandera roja con dos arcos dorados en el centro que forman una M. Una provocación, una ironía: McDonalds y la revolución.

Como una cosa lleva a la otra, me pongo a pensar en cómo surgen las revoluciones político-sociales. ¿Qué debe gestarse en una sociedad para que un sector intente sublevarse al orden imperante? ¿Cuál es la chispa que enciende el fuego de las revoluciones y qué hace que esa chispa se produzca?

Las revoluciones han marcado a las civilizaciones a lo largo de la historia. Revoluciones sociales, pero también religiosas, científicas, tecnológicas, industriales y culturales. Las revoluciones surgen cuando la evolución natural que habría de darse en un campo de la vida de las personas se ve estancada por una fuerza que se opone a esa evolución. Entonces, el sistema acumula presión hasta que explota. En las actividades humanas hay una fuerte tendencia a que la evolución no sea fluida, a que se produzcan estancamientos. Esto se debe a que los grupos de élite (políticos, religiosos, científicos, culturales) se sienten a gusto en un statu quo en el que gozan de una situación de privilegio. Ese statu quo, por otro

lado, a veces es necesario para que se produzcan adelantos, para que haya evolución.

La revolución permanente es una idea inaplicable.

Pero sucede también que las élites tienden a anquilosarse: no necesitan ni desean el cambio. Los sectores privilegiados, al no ceder, al no permitir la renovación, cavan su propia tumba. La historia es un cementerio de aristocracias, decía Vilfredo Pareto.

Las revoluciones son a la historia lo que las mutaciones a la teoría de la evolución de Darwin. Producen cambios abruptos que de otro modo tardarían mucho más tiempo en llevarse a cabo... si llegaran alguna vez a producirse.

Unos creen que no existe un mejor método para mantenerse en el poder que hacer justicia, no privilegiar a ningún grupo sobre otro, mantener abierto el diálogo, educar. Otros consideran que lo mejor es el viejo principio de “divide y reinarás”. Divide a las fuerzas opositoras, divide a los sindicatos, divide a la opinión pública. Este principio suele dar resultado, pero a veces, de tanto dividir, la división llega a la élite en el poder y ese es el comienzo del fin.

Un pueblo que se revela suele contar con líderes e ideólogos, que son los encargados de encender la chispa de la revolución. El combustible con el que se enciende el fuego revolucionario es la ira. La ira está siempre

latente, en forma de desengaño, de resignación. Pero cuando la masa afectada por las injusticias es capaz de ver su propia frustración, cuando los ideólogos logran montar un espejo frente a la sociedad en el que cada uno puede reconocer sus necesidades o las restricciones a su libertad, entonces la ira se presenta en estado puro. Por eso es que en toda revolución debe haber un grupo líder que inspire el sentimiento revolucionario. Es el encargado de transformar la frustración y el desencanto en furia, en ira.

Las revoluciones tienen algo fabuloso y algo terrible, algo épico y algo sórdido. Columnas de insurrectos desplazándose por las calles como un río que ha roto un dique, derramando su ira sobre cada símbolo del poder que los ha venido sometiendo. Metáfora del reajuste social que tarde o temprano encuentra su cauce. Las revoluciones fomentan mártires y víctimas, logros a medias y, a veces, chivos expiatorios.

Sucede algo paradójico: las clases más desprotegidas, las que necesitan con más urgencia el cambio, son las que tienen menos capacidad de revelarse. A menudo no cuentan con los medios o no conocen sus derechos. La clase media,

por otra parte, rara vez encuentra una razón, pero cuando lo hace, es peligrosa. Ni qué hablar de las oligarquías que, cuando no tienen al poder de su lado, buscan por todos los medios producir la caída del gobierno. En este último caso, claro, no se trata de una verdadera revolución, a lo sumo de una lucha entre factores de poder.

¿Podrá ser que hoy, en el mundo occidental, ya prácticamente no haya revoluciones político-sociales? Los últimos resabios parecen haber sido la revolución cubana, la revolución Sandinista y luego, en 1989, las revoluciones que llevaron a la caída de la Unión Soviética.

Una aclaración: hablo de revoluciones y no de revueltas. La famosa Revolución de 1968, que se dio a un mismo tiempo en varios lugares de Europa, puede contar como una revolución cultural e intelectual, pero no tuvo consecuencias político-sociales de gran alcance. Una revolución debe traer cambios esenciales y profundos, con consecuencias a largo plazo.

Pienso en el afiche de la libertad enarbolando la bandera de McDonalds. Es notable: en los países donde hay

McDonalds no hay revoluciones. Por más que no exista una relación de causa y efecto, podríamos sí establecer algún tipo de relación. Podríamos ver a McDonalds como un símbolo de la pax augusta que los estados unidos (las minúsculas revelan que no me refiero solo a un país, sino a varios países cohesionados bajo un poder económico más que político) supieron imponer. Los McDonalds parecen estar presentes en el mundo occidental como un talismán contra las guerras... y también contra las revoluciones. Se ha dicho que nunca ha habido una guerra entre dos países que tuvieran, ambos, franquicias de McDonalds (Thomas Friedman, en su libro *The Lexus and the Olive Tree* propuso la “Teoría de los arcos dorados y la prevención de conflictos” a partir de esta observación). Lo mismo podría decirse respecto de las revoluciones.

Algunos creen que esto se debe a que los locales de McDonalds proliferan en países democráticos, y que las democracias resuelven sus diferencias de forma madura, sin llegar a conflictos armados, ya sea internos o contra otras democracias. Otros piensan que un país que cuenta con una economía en la que existen

grupos que invierten unos cuantos millones de dólares para abrir una franquicia (de McDonalds o de lo que sea) no quieren saber nada con revueltas u otra clase de incidentes que puedan poner en peligro su inversión. Para ello están dispuestos a hacer ciertas concesiones. Tras el ataque del 11 de septiembre de 2001 al World Trade Center de Nueva York y el posterior contraataque estadounidense a Irak y Afganistán, en algunos países islámicos hubo atentados a instituciones o empresas relacionadas con el capitalismo estadounidense. Como prevención, en Indonesia los McDonalds se camuflaron de color verde (símbolo de la cultura islámica) y colgaron imágenes de los dueños vestidos con atuendos musulmanes. Un ejemplo de una maniobra de supervivencia o un acto pacificador, según como se lo mire.

Suele decirse también que la paz del mundo democrático occidental se debe a que los gobiernos han desarrollado un sistema que se encarga de canalizar el resentimiento y la violencia por otros medios.

Tomemos el caso del fútbol.

“Las revoluciones tienen algo fabuloso y algo terrible, algo épico y algo sórdido.”

Desde que, hace varias décadas, la violencia comenzó a manifestarse en el fútbol, nos preguntamos por qué en los países del tercer mundo no se hace nada para detenerla. Se ha dicho siempre que el fútbol es circo, y de pan y circo vive el pueblo. Más allá de las rivalidades, el fútbol incrementa la cohesión de una sociedad. En las tribunas y frente a los televisores se produce una especie de unión espiritual. En ese sentido, el fútbol es capaz de obrar milagros, como que todo un país salga a festejar el campeonato mundial de 1978 en medio de acontecimientos terribles.

Pero más allá de las distracciones que pueda generar el fútbol, hay algo más. Podríamos preguntarnos adónde iría a parar toda esa violencia que hoy se canaliza en las canchas. ¿Acaso si se prohibiera a los violentos asistir a las canchas el problema se solucionaría? Tal vez sí. O tal vez llevarían el negocio de la violencia a otras áreas. Algo que, de hecho, ya sucede en la actualidad, porque es común ver barras bravas en actos políticos y sindicales. Pero si se eliminaran por completo las barras bravas de los estadios, ¿qué harían sus integrantes? ¿Dónde se volcaría toda esa bronca, esa ira hoy alimentada por rivalidades de camisetas de fútbol? Tal vez eso es lo que se han preguntado los dirigentes durante todas estas décadas en las que no hicieron nada para detener la violencia en el fútbol. Que la ira del pueblo se canalice por medio de un juego es, después de todo, un mal menor.

Pero ¿es suficiente esa catarsis para alejar de otros planos la bronca popular? ¿Está garantizada la paz? ¿Es imposible una revolución o una guerra civil en un país en el que el fútbol es pasión nacional? De ningún modo. De hecho, esa ira enjaulada en las gradas de un estadio puede desatarse hacia otras áreas, como ha sucedido ya varias veces en la historia.

La guerra del fútbol

En la década de 1960, muchos campesinos salvadoreños emigraron a Honduras donde ocuparon campos que permanecían sin ser cultivados. En 1969, el gobierno de Honduras decidió llevar a cabo una reforma agraria que beneficiaría a miles de campesinos, pero solo a campesinos hondureños. Los cientos de miles de salvadoreños que vivían en Honduras tuvieron que regresar a su país, donde se creó un conflicto entre los terratenientes (que no estaban dispuestos a que se hiciera una reforma agraria en El Salvador similar a la del país vecino) y los campesinos desterrados de Honduras. Esto provocó una crisis entre los dos países, que

ya tenían bastantes problemas para delimitar la frontera que los dividía. En ese contexto, en 1969, El Salvador y Honduras debían disputar dos partidos por las eliminatorias para el próximo mundial de fútbol. El primero se jugó en Honduras y el local ganó 1 a 0. La revancha se jugó en El Salvador. Para entonces, el conflicto entre los dos países, exacerbado por los medios, había creado una gran tensión social. Durante el partido hubo algunos incidentes en las tribunas, pero lo peor sobrevino después. Los hinchas locales persiguieron a los visitantes desde la capital, donde se había jugado el partido, hasta la frontera entre ambos países. La represalia fue inmediata: hubo agresiones y saqueos a los salvadoreños que vivían en Honduras. Se había llegado a un punto sin retorno. Pronto comenzaría la Guerra del fútbol, llamada así por el contexto en el que comenzó, y que habría de durar once años .

Un partido de fútbol: la primera batalla de una guerra sangrienta

Cuando Milosevic llegó al poder en 1990, fue visto con malos ojos por los sectores de la resquebrajada Yugoslavia que no eran serbios. Se sabía que Milosevic favorecería a Serbia por encima de las demás naciones y que su intención era mantener el statu quo del régimen comunista.

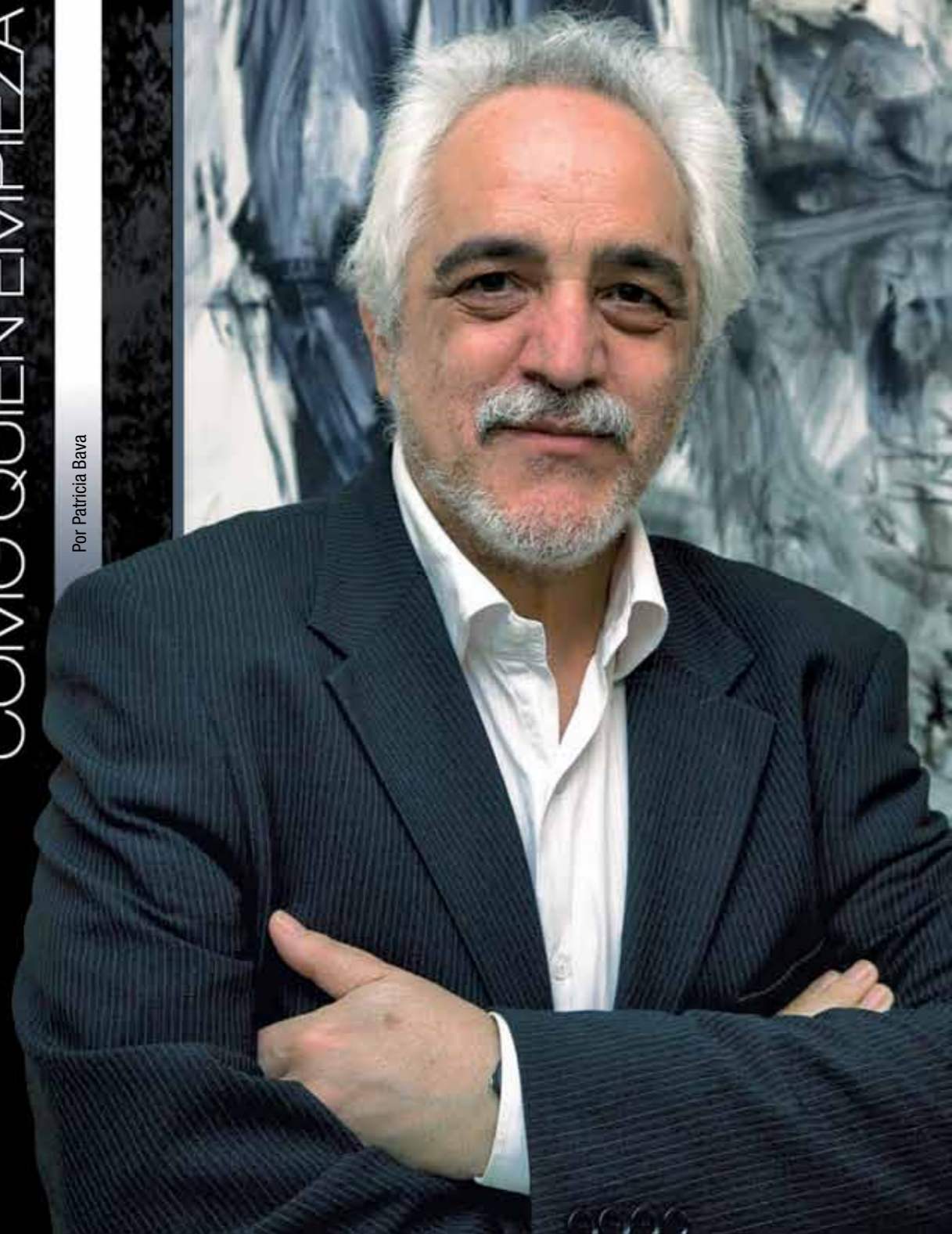
El 13 de mayo de 1990 se jugó un clásico entre dos de los equipos yugoslavos más poderosos: el Dinamo de Zagreb, Croacia, recibía a la Estrella Roja de Belgrado, Serbia. El peligro era más que inminente. Décadas de odio étnico y religioso exacerbado por la cultura del fanatismo futbolístico. La barra brava del equipo local llevó ácido al estadio para derretir las vallas de contención y poder llegar hasta la tribuna visitante. Para ello debieron primero atravesar el campo de juego ante la mirada atónita de los protagonistas del partido. También debieron enfrentar a la policía. El partido, obviamente, se suspendió y hubo más de sesenta heridos y varios probables muertos que la información oficial se negó a reconocer. Se cree que ese partido fue uno de los detonantes de la guerra de los Balcanes. Muchos de los miembros de las barras bravas corrieron a alistarse en sus respectivos ejércitos para luchar contra el enemigo en un terreno más propicio . Luego, durante la guerra, los ejércitos adoptarían los cánticos de las hinchadas como himnos de guerra antes de cada batalla. Un buen ejemplo de que el fútbol no siempre logra canalizar la ira de las masas. □



“Eso no quería saber” - Marcela Sandra Motta - 3 er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »

COMIENZO A DIBUJAR COMO QUIEN EMPIEZA A HABLAR

Por Patricia Bava



EDUARDO STUPIA

Vicente López, Buenos Aires 1951 Es artista plástico. Estudió en la Escuela Nacional de Bellas Artes Manuel Belgrano de Buenos Aires. Es traductor de inglés y ha traducido novelas y ensayos para varias editoriales. Actualmente es el director de arte del periódico trimestral Diario de Poesía y desde 1999 diseña el arte de tapa de la revista Cultural Las Ranas. También ejerce como Jefe de Prensa de diversas distribuidoras cinematográficas locales. Escribe asiduamente artículos diversos sobre cine y artes plásticas, y ha prestado su colaboración en Revista Ñ, suplemento ADN del diario La Nación, Diario Página 12, entre otras. Desde 1984 es docente de Artes Plásticas y ha participado como jurado en premios municipales y nacionales. Expone dentro y fuera del país en muestras grupales e individuales desde 1973.



- ¿Siempre dibujaste? - ¿Cómo fueron tus inicios?

ES - Dibujé desde siempre, desde el colegio secundario, fanáticamente, llenando los cuadernos de las clases de historia con dibujos alusivos, narrativos hasta donde me lo permitía mi escaso conocimiento de cómo dibujar. Además, estaba muy, muy influenciado por una tía con quien vivíamos con mi familia, porque ella cursaba Bellas Artes y tenía en nuestra casa el taller en su habitación, a la cual por supuesto no me dejaba entrar. Y esa exclusión, por decirlo de alguna manera, multiplicaba el misterio y la tentación de ingresar a ese mundo, lo cual se acrecentaba por el olor a óleo que a veces impregnaba el pasillo al cual daba ese cuarto. Después entré yo mismo a Bellas Artes, en el año 69, y egresé en el 72. En el 76 hice mi primera muestra digna de ser destacada, en la Galería ArteMúltiple, convocado por Yuyo Noé, quien había conocido mis dibujos de manera fortuita, junto a jóvenes artistas que eran alumnos de Yuyo: Luis Pereyra, Raúl Rodríguez, y Carlos Bissolino.

- ¿Sentiste que era necesario aggiornarse en el dibujo según las épocas?

ES - Nunca sentí la necesidad de dibujar según cualquier eventual cánon de época o estilo o tendencia predominante. Siempre dibujé lo que quise, muy apegado tanto en el sentido formal como sensorial a mis obsesiones y manías, y avancé siempre dentro de un sistema muy recluso y privado, el cual naturalmente fue transformándose y abriéndose paulatinamente a otras influencias, pero nunca tanto como para perder el eje en una muy definido carácter gráfico y óptico. De cualquier manera, y más allá de que un artista pueda tener un fisonomía específica, nítida, reconocible, esa fisonomía también refleja, a veces de manera más explícita, a veces más elípticamente, otras facciones o rasgos, hasta que ya no sabe cuales son propios o ajenos.

- ¿Cómo es esa técnica de dibujar sobre el dibujo?

ES - En realidad no sería tanto una técnica sino la corroboración de un fenómeno, que es el fenómeno del dibujo que se narra a sí mismo como proceso o bien como una suerte de organismo vivo que se "mimetiza" en otros. Dado que yo nunca he trabajado con una imagen referencial, o narrativa, pero tampoco puedo decir que me encuentre inscripto en la abstracción lisa y llana, podríamos pensar que mi operación es la del dibujo como lenguaje puro, un lenguaje que enuncia y niega lo que enuncia al mismo tiempo. A la vez, es un sistema no

tan astringente como podría traducirse de lo que acabo de decir, sino también muy inductivo para la mirada, en el sentido de que en mis piezas siempre trato de que quien mira sea quien define o no lo que se ve.

- ¿Te formas una imagen de lo que quieres plasmar o atacas la obra de entrada?

ES - Comienzo a dibujar como quien empieza a hablar. El lenguaje oral transcurre en el tiempo más que en el espacio, y para mí el plano inicial es como el silencio antes del habla o del ruido. Entonces, arranco en cualquier sector del plano y comienzo a tramar los enredos de línea, mancha, trazo o pincelada, hasta que el primer tejido tiene algún sentido más o menos significativo para mí. Entonces me detengo y comienzo exactamente de la misma manera en otro lugar del plano, bastante alejado del sitio de arranque original, y así siguiendo.

- ¿Cuál es tu rutina de trabajo?

ES - Durante la mayor parte del tiempo en el que fui construyendo mi carrera trabajaba full time en empresas de distribución cinematográfica, así que tuve que ir desarrollando un gran entrenamiento para dibujar en las horas libres que me dejaba mi trabajo a sueldo, las cuales solían ser nocturnas. Y me acostumbré a empezar el cuadro apenas llegado al taller, sin tiempo para prepararme, aprovechando desde el primer minuto al último, y sin preámbulos. También, eso me entrenó para trabajar con el error y el riesgo, dejando que los rasgos menos felices en términos formales igualmente formaran parte del resultado final, confiando en que la suma de las partes es mayor que cada una de las partes sumadas. Ahora mantengo ese mismo método de trabajo, aunque ya no tengo otra ocupación remunerativa y me dedico sólo a la pintura. O sea que no soy de los artistas que llegan al taller siempre a la misma hora y trabajan más o menos según un ritmo horario regular y parejo.

- ¿Cómo te llevas con lo intuitivo?

ES - La intuición es una fuerza bastante indefinible e imponderable, y podría decirse que no se la reconoce hasta que uno la experimenta. Esa suerte de certeza de que eso que está a la vista es el camino que hay que tomar y que no se sabe de donde viene es un factor muy importante en el proceso de elaboración de un cuadro, sobre todo en un momento del fenómeno artístico donde el artista está rodeado de muchas preconcepciones y definiciones que lo clasifican y encuadran, y que de

algún modo pueden intervenir en la construcción de su lenguaje. Entonces, todo aquello que no pueda ser encuadrado, a veces ni siquiera previsto o incluso comprendido por el artista es muy importante.

- ¿Qué genera en vos tantos experimentos? (hablando del color, los materiales, etc.)

ES - Durante muchos, muchos años, trabajé muy circunscripto a un formato muy productivo pero muy reducido de práctica y lenguaje, que era el dibujo en tinta con plumín y rotring. A partir de cierto momento esa circunscripción fue quebrándose y transformándose, y aparecieron criterios y conceptos más heterogéneos, más variados, incluso más pictóricos. Y dado que toda mi enorme etapa de formación y primeras experiencias habían estado definidas por ese primer formato del que hablaba antes, todo lo que vino después fue siempre más un experimento que una certeza. Y sigue siendo así. Utilizo el color sin tener la capacidad o la sabiduría de un pintor, de manera bastante arbitraria e intuitiva, y siempre según una evolución de paleta donde el negro es el cánon, la nota dominante, que puede derivar tanto en una serie de cálidos que llegan como mucho hasta el rojo, y de fríos que llegan al azul acerado o al gris azulado, pero todo eso siempre con un sesgo de improvisación. Con respecto a los materiales, pasa algo parecido. Toda esta nueva etapa está signada por la recuperación, o el redescubrimiento, de una zona de materiales con los que hacía mucho tiempo no trabajaba, o bien no había trabajado nunca: una variedad de lápices de diversos grosores, carbonilla, grafito, pastel a la tiza y al óleo, óleo en barra, acrílico y, en la instancia más extrema, esmalte sintético. Siempre que en mi obra se han producido virajes notorios o fuertes alteraciones ha sido debido a una relación - que he tratado de que fuera lo más fiel posible - con las características del material. Y esto tiene como consecuencia que, paradójicamente, al dejarme impregnar de los modos del lápiz, enseguida esos modos me llevaron a la carbonilla, su volatilidad me llevó al grafito, la porosidad de este me hizo buscar el acrílico, la pastosa fluidez de este me llevo al contrapunto con la plasticidad del esmalte sintético y ésta de vuelta a la morosidad aceitosa del óleo. Desde luego, todo esto no necesariamente en ese orden, porque buena parte de estos trabajos se plantean como la convivencia tensa de “espíritus” muy contrapuestos; traté de ejecutar un contrapunto de materias que normalmente serían consideradas antagónicas o difícilmente afines,

para que cada trabajo fuera una zona de “discusión” antes que de conciliación, sin caer por eso en el deliberado desbarajuste pero tampoco en el excesivo celo compositivo. Trato de que la heterogeneidad de los elementos y recursos intervinientes funcione como una suerte de acorde múltiple disonante que, por un lado, elude materializarse en una definición claramente nominativa y a la vez quiere erigirse como mundo ordenado, como escena de una legibilidad que alude a una determinada narratividad y a la vez escapa a toda fijación.

- ¿Cómo han sido tus experiencias de Muestras en el exterior?

ES - Mostrar afuera siempre es una experiencia muy potente, porque allí no se cuenta con la protección contextual y la mirada benévola del medio ambiente propio. Así que en ese sentido es algo muy productivo y estimulante, incluso cuando las respuestas no son todo lo entusiastas que uno siempre espera. Ahora estoy exhibiendo una reducida retrospectiva en la Bienal de San Pablo y el sólo hecho de estar allí, junto a otros 109 artistas, me impone nuevas reflexiones y ponderaciones no sólo acerca de mi trabajo sino sobre el trabajo de mis colegas, lo cual me importa mucho. Para mí el exterior no ha sido hasta ahora tanto una plataforma de consolidación de la carrera como una pista de pruebas para examinar la verdadera naturaleza de mi trabajo.

- ¿Cómo ves el mercado del arte aquí y en el exterior?

ES - Cada lugar tiene el mercado que puede - me tentaría decir “que se merece” - y sería un error compararlos. En el exterior, el comprador medio quizás compra más lo que le gusta, directamente, sin tener que apoyarse tanto en lo que se dice del artista o en ninguna garantía de que ese artista tenga o no valor en un futuro mediato, y en Buenos Aires es más receloso y conservador, aunque últimamente se ha visto la irrupción de nuevos compradores, algunos coleccionistas y otros no necesariamente coleccionistas, que compran con más espontaneidad y más apoyados en el primer impacto de la obra.

- Nombrame alguien a quien admires.

ES - Admiro a tanta gente que no sé a quién nombrar. No obstante, Luis Felipe Noé tiene que estar en primer lugar, como ejemplo casi heroico de compromiso y entrega hacia el prójimo y hacia su propia obra.



- Un libro... y el por qué? (¿qué aprendiste, qué te dejó, qué te impactó, qué te decepcionó?)

ES - TEXTOS DE ESTÉTICA TAOISTA, de Luis Racionero. Es un tratado accesible de filosofía y preceptos que permiten entrenar el pensamiento y la sensibilidad a partir de ideas y conceptos muy ajenos a nuestros modos más habituales de razonamiento y acción.

- ¿Qué es la Línea Piensa?

ES - La Línea Piensa es un ciclo de muestras dirigidas por Luis Felipe Noé y por mí en el cual tratamos de exhibir un amplio espectro de expresiones de dibujo, todas ellas de alguna manera concentradas en las maneras más poéticas y líricas de dibujar y no tanto en el dibujo como aparato de representación y de generación de contenidos.

- Hoy, ¿Cuál es tu desafío?

ES - Es este un momento muy pleno porque estoy travesando una situación de mucha conexión con las herramientas, los formatos y, digamos, las escenas, especialmente a partir de haber empezado a trabajar con todos estos “nuevos” materiales que antes mencionaba, y con el papel montado sobre tela. Y todo eso viene teniendo bastante éxito. Entonces, si uno entiende el éxito como el respaldo a una obra, al margen de las ventas, quizás lo más delicado es no dejarse sugestionar por una determinada cuota de mayor aceptación, sin dejar de apreciarla, por supuesto. La cuestión es seguir trabajando con la mayor autonomía posible, de desmarcarse constantemente de la fascinación con la propia obra, más allá de que uno siempre está bastante contento con lo más reciente que haya hecho. □



FINALISTAS IV CONCURSO ANUAL INTERNACIONAL DE
ARTES PLÁSTICAS

Crepúsculo

Los premios o menciones a los que cada uno se ha hecho acreedor serán revelados en la ceremonia de premiación que se realizará en el mes de noviembre.

Categoría Educación

Nombre: Mercedes Laguingue **Lamer** // *Título:* Mandatos grabados

Nombre: Mariana Hidalgo **Nita** // *Título:* Grito plástico

Nombre: Francisco D'Antonio **Paco** // *Título:* La educación como la luz

Nombre: Diego Fernando Ponce // *Título:* Los nuevos desafíos de la educación

Nombre: Regina Romano **R.R.** // *Título:* El líquido del conocimiento

Categoría Pasión

Nombre: Mario Calvo // *Título:* Sin título

Nombre: David Germán Guzman Guzman **Mufasa** // *Título:* Y finalmente te encontraré

Nombre: Roberto Dario Brandán **Brandisky** // *Título:* Alegría opacada

Nombre: Alexandra Rubio Rosique **Mandi** // *Título:* Conexión VIP

Nombre: Diego Fernando Ponce // *Título:* La pasión por proteger la belleza



IRA

IRA...

cuando las clavijas no caben en su agujero!

Por Mauricio Gonzalez

cuando las clavijas no caben en su agujero!

Ira es la que siento ahora, en este preciso momento, por haber aceptado el desafío y embarcarme en la empresa de escribir algunas líneas sobre esta emoción tan cara; por no surgirme nada frente al blanco de estas páginas y, sobre todo, por caer en una autoreferencia que me había obligado a no caer!

Veamos. Según el diccionario de la lengua española ira puede ser una pasión del alma que mueve a enojo e indignación, o puede ser también un deseo de venganza.

Quién no recuerda el final del film *Seven: Los siete pecados capitales*, cuando el protagonista se debate en la paradoja de vengar la muerte de su esposa e hijo, en manos de quien tiene frente al caño de su arma, cayendo así en la trampa maquiavélicamente elucubrada por el asesino; o transformarse en un héroe trágico que privilegia el bien-hacer por sobre sus emociones llevando al malvado a la cárcel.

Es decir, esa escena que tiene como eje central la puesta en relieve de quien se muestra en una lucha interna para no dejarse dominar por las pasiones, distorsionando así, la clara visión de las cosas y desviándose de la espontánea propensión al bien. Recordemos que bajo esta idea kantiana, durante mucho tiempo, las

pasiones fueron condenadas, y consideradas un factor de turbación o de pérdida temporal de la razón; “el cáncer de la razón”, como le gustaba catalogar las pasiones a Kant.

Evidentemente la ira forma parte de la serie que va de la indignación al enojo, del deseo de venganza a la furia y de allí a la violencia. Todas pasiones que se ilustran con ese breve detalle del film, señalándonos el nudo que forman con la ira.

Mi intención es rescatar la vertiente capitalizable de la ira, el plus que se le puede extraer a aquello que de antemano se presenta como plausible de evitación, o en su defecto, el control.

Hay un breve relato con el que me encontré hace un tiempo ya, en el maravilloso libro “El *Spleen* de París”, de Baudelaire [1], en él se encuentra bajo el título “XLIX: ¡Aporreemos a los pobres!” un relato más que

interesante; escribe allí: “durante quince días me había confinado en mi habitación y rodeado de los libros de moda de la época; me refiero a los libros que tratan del arte de hacer a los pueblos felices, sabios y ricos... en consecuencia había digerido todas las elucubraciones de los empresarios de la felicidad pública, de esos que aconsejan a los pobres que se hagan esclavos, de los que les convencen de que son todos reyes destronados. No sorprenderá que me encontrase en aquel momento en un estado de ánimo que lindaba con el vértigo y la estupidez...” a partir de ahí cuenta el protagonista, sale a dar unas vueltas por la ciudad; se encuentra con un mendigo que tendiéndole el sombrero le pide unas monedas y, en ese preciso momento, una voz interna

le susurra al oído “solo es igual a otro quien lo prueba y solo es digno de la libertad quien sabe conquistarla”; acto seguido comienza a golpear ferozmente al vagabundo, lastimando su cara, golpeando su cabeza contra la pared, pegándole con una rama de árbol, dice: “le pegaba con una energía obstinada”, ello hasta que, casi como un ave fénix, el mendigo se endereza y con una gran energía, insospechada hasta ese momento, le comienza a devolver los

“Las pasiones son aquel fenómeno que nos sacuden y nos sacan de la experiencia de la inercia y la monotonía, dándole cierto sabor a la existencia.”

golpes, procurándole una gran paliza a nuestro protagonista; dice este: “tenía una mirada de odio que me pareció un buen augurio”; como pudo, le dio a entender –nuestro protagonista– que no quería seguir más con la contienda, y cuando logro reponerse, le dice: “Señor, es usted *mi igual*. Hágame el honor de compartir conmigo mi bolsa, y recuerde, si es usted verdaderamente un filántropo, que debe aplicar a todos sus colegas, cuando le pidan limosna, la teoría que he tenido el *dolor* de poner a prueba en su espalda”.

Me parece que la genialidad del poeta francés nos pone de manifiesto, en un bello e irónico relato, la serie establecida de la indignación, el enojo, el deseo de venganza, la furia y la violencia.

Ahora bien, entiendo que las pasiones son aquel fenómeno que nos sacuden y nos sacan de la experiencia de la inercia y la monotonía, dándole cierto sabor a la

existencia. Así, el relato precedente nos puede llevar a pensar, que algo de esas emociones pueden ser capitalizables; creo, que se trata en un punto de buscar intencionadamente el despertar de la ira en alguien que se presenta como un desecho, como un resto al margen; ello debe servir para sacudir a alguien de la monotonía, provocando concomitantemente el relanzamiento de la dimensión de su deseo.

Navegar, así, en el malentendido estructural del lenguaje (donde un significante remite a otro significante, y donde el significado se desliza debajo de las conexiones metonímicas que se generan entre los significantes; deconstruyendo así el signo saussureano) es lo que posibilita que el sujeto del inconsciente juegue su partida.

Allí, entonces, el horizonte a seguir es la intencionalidad de que aparezca en él algo del orden de su propia subjetividad; es decir, evidenciar que efectivamente las clavijas no entran en su agujero, apuntando concomitantemente con ello a un desmontaje general de la significación [2]. Metafóricamente hablando, un pobre no tiene porque ser necesariamente un pobre.

Ello es, me parece, una buena orientación, sobre todo para aquellos que nos ocupamos de trabajar en esos finos límites donde la marginalidad, la pobreza, el dolor, el sufrimiento, los fenómenos de violencia, la desazón, se conjugan para hacer una miscelánea que muchas veces es tan aplastante como la idea misma de que efectivamente las clavijas entran en su agujero. □

[1] Cf. Baudelaire, Charles: El spleen de Paris. Editorial Losada. Bs. As. 2005.

[2] Cf. Acuña, Enrique: Resonancia y silencio. Psicoanálisis y otras poéticas. Editorial Edulp. 2009

IRA

Quando las clavijas no caben en su agujero!



“Sin retorno” - Roberto Aguilera Vizcarra - 3 er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »

S O F I O

La dificultad descriptiva de la ira (inmunda reacción asesina)

Por Fabián Ostropolsky

Se dice que un guerrero samurái fue a ver al Maestro zen Hakuin y le preguntó:

** ¿Existe el infierno? Existe el cielo? ¿Dónde se hallan las puertas que me llevarán a ellos? ¿Dónde está la entrada?*

Era un guerrero sencillo. Los guerreros siempre son sencillos, sin astucia en sus mentes. Sólo conocen dos cosas: la vida y la muerte. Él no había ido allí a aprender ninguna doctrina, tan sólo quería saber dónde estaban las puertas para evitar el infierno y poder entrar en el cielo. Hakuin le respondió de la forma en que sólo un guerrero podía haberle entendido.

** ¿Quién eres? - preguntó Hakuin*

** Soy un guerrero samurái - respondió el guerrero -. Incluso el emperador me respeta.*

Hakuin se rió de él diciendo:

** ¿Un samurái tui? ¡Pero si eres un pordiosero!*

El samurai se sintió herido en su orgullo y olvidó lo que había ido a hacer. Se quitó la espada del cinto y ya estaba a punto de matar.

Entonces dijo Hakuin:

** Esta es la puerta del infierno. Esta espada, esta ira, este ego, son las llaves que la abren.*

Esto un guerrero lo puede comprender, e inmediatamente el samu-

rái lo entendió. Entonces colocó nuevamente su espada en la funda.

Hakuin le dijo:

** Así es como se abren las puertas del cielo.*

La Ecología Emocional
Jaume Soler M. Mercé Conanglia

Estoy confundido, me han pedido que escriba sobre la ira y no puedo; pero a diferencia de otras veces en que se me han negado las letras (tantas veces), en esta oportunidad me enervo al no encontrar el juego ideal para salir de la situación, y resulta ser conveniente, de la manera más hipotética que me alcanza.

Mi enojo al principio me sedujo al daño, puedo decir que no pensé realmente en la materialización de destruir o golpear cosas, aunque si comprendí con cierto estoicismo acerca del efímero placer que dicho daño me hubiera proporcionado.

En fin, no arremetí contra el teclado, ni contra mi tazón de café con leche; el *autocontrol*, si lo analizo, se plasmó por dos factores elementales, uno para el tazón y uno para la computadora: el tazón tenía restos líquidos mezclados con

una borra extraña (por eso no los bebí), y la computadora es de esos bienes, que por su valor económico y funcional, posee la capacidad de limitar los actos irracionales. Por un momento **sopesé** la escena tras la explosión de la taza en la pared; el café tatuado dejando una estela hasta el piso, así como la ausencia para siempre de mi computadora, con las cadavéricas letras “d”, “j” y “n” tamborileando en ciertos rincones de la mesa. Con esto quiero decir que el **autocontrol aún permanecía predominando mis emociones.**

Sé que no era grave estar “sin tinta” para esta oportunidad, pero después de borrar unos nueve inicios ataviados de sandeces que no me conformaban, el enojo comenzó a exasperarme, para luego traerme hasta aquí, “el camino de la explicación”, ¡oh bendita catarsis literaria!

Quería asimismo borrar lo que llevaba escrito porque lo entendía burdo, mundano y mis dientes soñaban con romperse. Y si digo la verdad ansiaba el grito, por no poder narrar, por leerme y leer a un idiota que decidía sincerar su idiotéz para apenas consolarse. Mi autocontrol trastabillaba, luego me pude imaginar enfrente del teclado, babeándolo, con una cara lerda, mirando las letras como símbolos complejos que no sabían relacionarse; y quería golpearlo a él, al teclado, a la pantalla, y a la taza... **cuántas ganas de reventar la taza.**

La *ira* se arrima entonces al **presentir un ataque que nos impide lograr lo que queremos**, o algo así. Y estaba yo allí frente a mi incapacidad narrativa (momentánea, a veces puedo escribir cosas sensatas, allá ustedes si no lo creen), ¿debería pues haberme clavado aquella lapicera tartamuda en las rodillas? Recuerdo haberme inclinado otra vez por la taza o por la computadora, **dudando**, quizás fuera ese un ejemplo de que no era tan severo mi fastidio.

La situación se aclara (no a ustedes, lo entiendo); personificaré pues a la *ira*, y voy a mezclar la personificación de esa *ira* junto con la del *autocontrol*: está el robusto muchacho, calvo y cejijunto, agarrando por los brazos a la ira (yo soy absurdamente delgado); ella es una muchacha de pelos largos, despeinados, cuenta con una fuerza que no condice con su cuerpo, medio flaco, medio fibroso, atiborrado de gruesas venas. La *ira* grita como esa muchacha que quiere zafarse de los doctores del manicomio, todos ataviados con esa vestimenta tan blanca como incongruente.

Ella grita sacudiendo exageradamente la cabeza, da la impresión que se le va a salir.

Después masculla unas cosas por lo bajo, con la intención de engañar al muchacho (quien no sé por qué lleva un traje entallado con delgadísimas rayas grises), recobra energías y se reinicia la escena.

El autocontrol ha tomado correctamente a la ira por los brazos, los cruzó justo en las muñecas (ya lastimadas muñecas), por lo cual **puede reducirla con una sola mano, al menos por un tiempo.** Y aunque desconozco

para qué podría precisar el *autocontrol* esa mano liberada, me tranquiliza bastante que tenga la capacidad de maniobrar de esa manera.

La *ira* de a poco se va quedando dormida, no obstante la atacan pequeños temblores en su pequeña catrera, a la izquierda de mi cerebro. El *autocontrol* al principio la observa atento, carente de gestos; después se sienta y lee el diario, alzando los ojos de a ratos mientras fuma un Imparcial, dejando salir el humo a través mi oreja.

Ya la ira sueña con sus cuatro hijos varones y su hija recién nacida; imagina como patean todos juntos a una abuela que aletarga la cola de un supermercado, o insultan a una pareja de recién casados que susurra una hipótesis en el cine; y de alguna manera mi guardaespaldas y yo sabemos que así permanecerá de momento, en esa vigilia campante y siniestra.

Hay una historia contemporánea, se presentó en algún lugar de mi Mendoza, en algún rincón de una mañana de lunes; fue fugaz, como la cotidianidad de lo que hoy nos empaña.

La dejo así, que otros personajes hablen ahora de la Ira, que no muestren ellos lo que sienten.

Alberto cruza la avenida por la senda peatonal, de Este a Oeste.

Un auto que dobla por la calle que hace esquina, se le acerca hasta los pies con molesta parsimonia. Alberto asimila la situación inquieto, con la convicción sensorial del agravio; desacelera un poco sus pasos, mientras deposita sus ojos en el parabrisas del Fiat Spazio que lo enfrenta.

Ya cuando Alberto no se interpone en el camino del auto, éste se dispone a concluir el giro y continuar desenvuelto en su apuro, o quizás en la ansiedad inconsciente de quien lo conduce: Sara, quien impregna con esa actitud a casi todo lo que hace.

Alberto vuelve su cuerpo súbitamente e incrusta la suela de su mocasín en el guardabarros.

El ruido del golpe en la chapa lastimada lo impregna todo. El auto, aunque confundido, no se detiene; el movimiento indiferente de la carcasa beige, engordado con engranajes y líquidos, exhibe el temor de los integrantes que la ocupan: son finalmente dos mujeres, al parecer madre e hija.

Alberto insulta con una voz grave, ataviada con años de humo e injusticias; el grito quema el aire de un julio helado y sus manos se dirigen inequívocas a sus pies, mientras anclado en las tres cuartas partes de la senda peatonal, siente que se desvanece por la ira. El auto casi ronroneando, se desfigura bajo el reflejo del sol atardecido, y despacio, se va perdiendo hacia la próxima esquina.

El agravio no genera placer en Alberto, a pesar de la

“rotunda legitimidad” de la causa, menos consuelo (pudiéndose esta frase “viceversar”). El tiempo lo agarra y no logra reanudar sus pasos; los otros autos, se acercan como séquitos del Fiat, arremeten con bocinas y la senda peatonal, donde a veces juegan los niños a pisar sólo lo blanco, se convierte en un pantano, mitad sorpresa, mitad vergüenza.

El mundo reinicia sus vueltas y el rostro indignado de Alberto, pareciera desear ir detrás del Fiat, para mirar en detalle a los ojos a quien maneje, para tomarlo del cuello, y así aseverar la existencia de miedo y de culpa.

Imagino ahora a Alberto de otra forma, caminando hasta el correo para mandar la carta que llevaba en alguna de sus manos, tan ambiguamente lejos de tener esos deseos espantosos. Entiendo entonces que lo que se gestaba en sus vísceras es lo mismo que llevamos todos, podridas emociones muertas; y luego me pregunto cómo hubiera canalizado su ira de no haberse cruzado con el Fiat Spazio, dónde residirían las cicatrices que ya portan Sabrina y su hija.

Después aparecen ellas, en silencio, una apretando el volante y las muelas; mientras la otra procura descifrar la violencia a través de los comercios que pasan fugaces a través de la ventana.

¿Culpa de Sabrina? ¿De Alberto? ¿Del dolor que le causaban ese día los mocasines nuevos? ¿El apuro inconsciente por doblar en la esquina?

¿Realmente vale la pena buscar culpables exactos o tangibles?

Porque me remonto a otros años, y sin saber cómo eran esos tiempos, cavilo en la idea de que la ira se engendraba bajo otros conceptos, más primitivos sí, pero menos infundados. Hoy nos atacan de todos lados con vileza, como entes sigilosos; y somos después nosotros los que no podemos evitar atacarnos unos a otros. Y ahí va Alberto, empujado por una maraña de garras veloces hacia donde no quiere ir, aunque en verdad no conozca otro camino, porque además las garras lo ciegan; y son tantas que le encorvan al muchacho la espalda, dejándolo arqueado con los brazos abiertos sin siquiera poder girar la cabeza.

Entonces hace tiempo está enojado, pero verdaderamente no sabe con quién ni por qué.

Y así después de esa reseña puedo ver a la ira en tantas otras escenas, sin necesidad de explicarla; y sí, podría hacerme cargo de los culpables, ninguno humano, tampoco tangible.

Un joven que en una trifulca pateaba con saña una cabeza, cabeza magullada que no ofrece resistencia; o ver un puño quebrado en una pared ahora rosa (tan injusta esa mano y

esa pelea), y ese puño sucumbe por cualquier otro motivo, por cualquier otra amenaza; y ciertamente veo a la velocidad y al cansancio como ahora se trenzan, se confunden. Esa especie de eco fantasmagórico nos gira con un dedo y nos marea.

Alberto tuvo una infancia grata, con la severidad de aquellos tiempos (y “aquellos” no es tan lejos), con el amor de los pucheros, con la existencialidad del tiempo; entonces al ver cualquier definición de “ira”, que incluye a todas las razas, a los hombres desde siempre o a los Dioses, o a los Mitos, en estos días uno siente más pena.

Los motivos del “patadón” en el Fiat Spazio, se fueron amontonando en el cajón que una vez guardó juguetes; y así en Alberto éstos se iban pudriendo (los juguetes y los motivos), se descomponían junto al desconcierto radical que experimentaba. Porque cierto es que el cajón era grande pero no eterno.

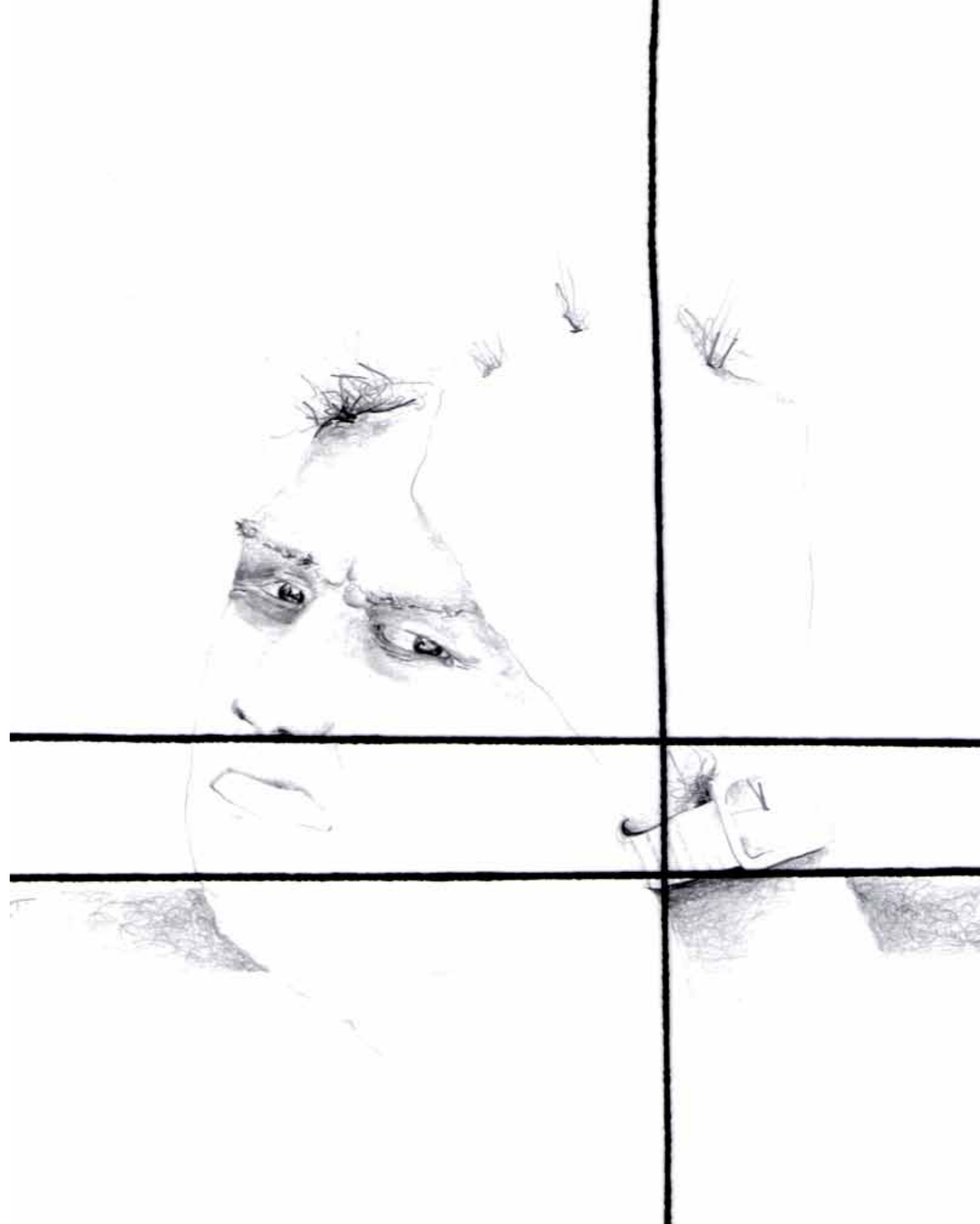
En los últimos años las cosas se aceleraron, la tecnología vomitó sobre los valores y le echó la culpa de un robo al “cabeza”. Se revuelve el contenido del cajón de Alberto y quiere ahorcar a Sabrina, a la hija, a los compañeros del aserradero, al perro que ladra aún moviendo la cola, al bebé que lo despierta de la siesta, porque...trabaja catorce horas.

La hija de Sabrina, por esa cuestión misteriosa de los hijos, quería culpar a su madre por arrojarle el auto encima a Alberto, desahogar esa angustia que se engendra en ella, juvenil y siniestra. Gritarle por haberla puesto en esa situación desagradable, sin importar si tuvo o no la culpa; y la madre que todavía no estaba repuesta, le dijo que “el tipo” estaba loco; y ahí no entran mis letras porque se mezclan los gritos con los dedos índices atroces, con la interferencia aguda...Y yo no entiendo nada.

Pero el abollón, que hasta brilla, pareciera ensancharse allí en el guardabarros, mientras ellas se insultan.

Antes la poesía hablaba de guerreros samuráis profesando con maestros de barbas profundas; hoy la velocidad le quita romanticismo a las cosas. Y todos seguimos andando como si nada hubiera pasado. Porque la ira no fue nuestra, ni es contra nosotros. Sólo la observamos pasar, sin rozarnos siquiera.

Pero la sabemos presente, cada vez más presente, aguardando a que el autocontrol se descuide, y ahí si quizás se nos venga encima, soltándose los brazos, para perderse de una vez y por mucho tiempo entre el tumulto de nuestra violencia.

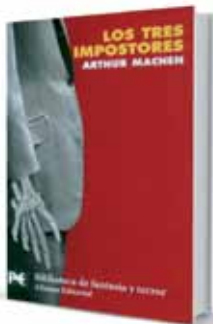


“Entre la espada y la pared” - Eduardo Luna - 3 er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »



Recomendados de Crepúsculo

Arthur Machen
Los tres impostores



Los tres impostores aparecen ya en el prólogo, de un modo agresivo y misterioso, dejando sorprendido al lector en la primera página. El lector presume la fechoría que acaban de consumir. Estos personajes (dos hombres y una mujer) desarrollan sus acciones malévolas, mientras, los héroes Dyson y Philips (personajes habituales de las narraciones de Machen, se aproximan al lugar donde ellos acechan. Inmerso en esta intriga se encuentra el joven de anteojos y mirada tímida. Sólo en el capítulo final, en el que Machen retoma el prólogo justo donde lo había suspendido, el lector intuirá una parte de la verdad (percibiendo el terror en toda magnitud), o al menos, algo de lo que podría suceder en el desenlace (aunque la esencia de este libro donde se confunden la intriga con lo metafísico, reside en la intención del autor de escribir un exquisito relato de al terror).

Arthur Machen es Gales, es considerado uno de los grandes maestros del género del terror. Su origen (hijo de un pastor presbiteriano) y su niñez en el campo, influyeron en su misticismo sincrético con la mitología celta. Es común encontrar en sus relatos hadas y gnomos.

Manuel Mujica Láinez
La casa



En esta novela Mujica Láinez cuenta la historia de una casona señorial construida a fines del siglo XIX. La narradora es la propia casa quién escucha a menudo comentarios de los muebles y obras de arte que la decoran, como así también de quienes la habitan. La casa nos va relatando los acontecimientos que la llevan a su abandono y demolición. La historia de una familia poderosa desde lo económico y lo político, inmersa en el glamour, la miseria espiritual, la locura, el amor y la envidia, habita en ella. La casa recuerda con nostalgia los años dorados. Cuando muere Gustavo, el nuevo dueño de la casa pasa a ser hermano menor Benjamín, un hombre mediocre, Benjamín es dominado por dos hermanas (sus mucamas). Una de ellas, Rosa, es además su amante. Al morir Benjamín, las hermanas devienen en dueñas de la casona, con nefastos resultados.

Está claro que Mujica Láinez utiliza el relato como una metáfora del país, que fue construido por el “patriciado” y, según su pensamiento, arruinado por los “plebeyos” peronistas.

La casa es una narración que puede ser comprendida en toda su magnitud sólo si la ubicamos en el contexto histórico-político en el cual fue escrita. Mujica Láinez escribió el libro en 1953. Eva Duarte de Perón había muerto el año anterior, y el gobierno de su viudo Juan Perón comenzaba su decadencia.